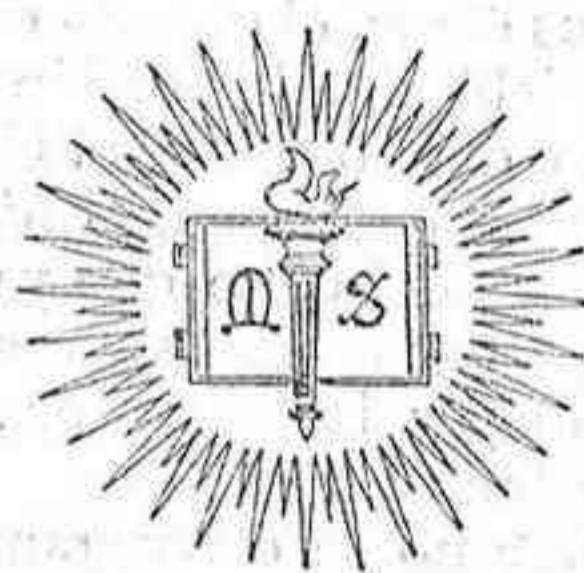


La Ilustración Artística



AÑO XIX

BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1900

NÚM. 956

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



J. PABLO KRUGER,

Presidente de la República Sudafricana

(de fotografía)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pablo Kruger*, presidente de la República Sudafricana. — *Quien tal hizo...*, por Enrique Corrales y Sánchez. — *Cuentas galanas (Meditación)*, por A. Sánchez Pérez. — *Guerra anglo-boer*, por A. — *Nuestros grabados*. — Noticias de teatros. — *El petardo*, novela por Juan Tomás Salvany, con ilustraciones de B. Gili Roig. — *Resurrección. Tractores linguales mecánicos*, por Enrique de Parville.

Grabados.—*J. Pablo Kruger*, presidente de la República Sudafricana. — *Medalla conmemorativa boer dedicada al presidente Kruger*. — Dos dibujos de Pedrero que ilustran el artículo titulado *Quien tal hizo...* — *París. Teatro Sarah Bernhardt. «L'Aiglon»*, drama de Edmundo Rostand. — 1. *El agregado francés*. — 2. *Metternich y el emperador Franz*. — 3. *El sargento Flambeau*. — 4. *Teresa*. — 5. *María Luisa*. — 6. *Muerte de Flambeau*. — *Guerra anglo-boer. Compañía de guardias nacionales en Kimberley*. — *Paso de un vado por la artillería inglesa que se dirigía a Ladysmith*. — *La rendición de Cronje. Boers entregando sus armas en Paardeberg*. — *Un reconocimiento practicado en circunstancias difíciles por las fuerzas del general French en Colesberg*. — El maestro *D. Luis Millet*, fundador y director del «Orfeo Catalá». — El maestro *D. Antonio Nicoláu*, director de los conciertos celebrados recientemente en el Liceo. — *Artistas, orquesta y coros del «Orfeo Catalá» ejecutando en el teatro del Liceo la novena sinfonía de Beethoven*. — Figs. 1 y 2. *Tractores linguales mecánicos*. — *El primer hijo*, cuadro de Ramiro Lorenzale.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Toledo y Sevilla se disputan á los viajeros de Semana Santa y Pascua. Sevilla se lleva la palma en atraer á la gente elegante y rica. (Sería más fácil definir en qué consiste la riqueza, pues eso de la elegancia siempre cabe discutirlo y hasta negarlo, y no se palpa como los sacos de talegas, ni se reduce á cifras como el importe de las acciones del Banco y sus dividendos.) En suma, los que bullen acuden á Sevilla con preferencia, y los aficionados al arte optan por Toledo, donde no abundan las diversiones, pero existe un tesoro de arquitectura y de recuerdos.

Sevilla es una prolongación, por mejor decir, una exaltación de la vida social madrileña. En Sevilla se busca — antes que el pomposo espectáculo de las procesiones y el color local de las *juergas* y *gitanerías* — el punto de cita de la gente conocida, el torbellino acostumbrado y fatal. Los precios de hospedajes, coches y hasta del calzado son muy altos en Sevilla; no es decir que en Toledo sean baratos; mas como allí no existen fiestas, exceptuando las funciones de iglesia, queda reducido el derroche á lo que puede significar la cuenta del hotel.

* *

Recuerdo una Semana Santa en Sevilla, hace bastantes años, que me causó la impresión más profana del mundo. Alegría y alborozo al paso de las procesiones, de los *Señores, Pasos, Dolorosas*, encapuchados y nazarenos; una zambra africana, con gritos de feroz entusiasmo y tiros al aire, al recogerse la *Macarrena* á su iglesia; bailes en todas las tiendas de la feria, mucha rondeña, mucha seguidilla, muchas sevillanas y mucho jaleo; olor de azahar, flotando en la atmósfera á competencia con el del aceite frito de las buñolerías; y en las carreras de caballos, el príncipe de Gales — entonces ni viejo ni obeso — apurando copa tras copa de Jerez, con la unción que los ingleses demuestran al acercarse á sus labios el vino aromoso y dorado del Mediodía. — Porque la Semana Santa de Sevilla tiene el privilegio de atraer á las altezas de extranjis, y el Jerez es el alma líquida de España, que se insinúa en las venas. Sólo dos cosas me parecieron tristes en Sevilla: las saetas y los jardines del Alcázar. Era una tristeza delicada, bonita, necesaria para el espíritu después de asistir á las zaragatas de Silverio y oír el continuo castañeteo de los palillos en el real. — Desde entonces Sevilla cada día está más de moda. Es la romería aristocrática.

* *

Muy solitario en cambio el único sitio hecho de molde para cultivar el recogimiento y la devoción que la Semana Santa inspira. Hablo del Escorial.

Si la Semana Santa fuese todavía tiempo de mortificaciones y de plegarias (cada año pierde más este carácter), en ninguna parte debíamos refugiarnos

más que en la creación de Felipe II. Difícilmente se encontrará fondo tan adecuado para las lecturas y meditaciones de la Pasión. El templo del Monasterio, á pesar de lo glacial de su estilo arquitectónico, por sus dimensiones y por su misma desnudez ascética, se presta á solemnizar las ceremonias de los días santos: los Oficios nocturnos, la reconciliación, la bendición de los óleos, el expolio de los altares, el Lavatorio, las Tinieblas, la bendición de las Palmas, del Fuego nuevo y del Incienso, el Cirio pascual, la bendición del Agua bautismal, el Miserere — todos los ritos y las formas del culto que ya casi nadie sigue ni interpreta. — Las erguidas y vastas bóvedas, el majestuoso altar mayor, los claustros..., ¡qué decoración para una Semana Santa!

Y á las horas que no se consagran á prácticas religiosas, la misma solemnidad que en la iglesia, en la Naturaleza. Porque el acierto de Felipe II consistió en comentar tan admirablemente un paisaje por medio de un edificio. Allí, en la falda de la sierra de Guadarrama, con sus pálidos olivos y sus grisientas y azulinas rocas, y sus nieves en la altura, sólo el monasterio de San Lorenzo pudo elevarse. ¿Qué otra arquitectura cabría soñar?

Pendientes escarpadas; fragmentos de roca que se hacían como rebaño que guía el cayado de un coloso; vegetación raquítica ó extensiones enormes sin rastro de ella; y allá, sobre el azul horizonte de la montaña, el inmenso monumento, la famosa *octava maravilla*, que, de lejos sobre todo, infunde sentimiento de depresión y de melancolía incurable. La idea es de poeta, de poeta desesperado y á mal con la vida y con el mundo, deseoso de soledad, de apartamiento, y sobre todo de protesta contra la carne. Ese edificio, en ese paisaje, y destinado á ese objeto; esa pirámide real olvidada al pie de la blanca y áspera sierra, ¡qué poema, qué inspiración! Fuese resultado de la casualidad, fuese cosa pensada y resuelta, hay que decir sin vacilación alguna:

Onorate l' altissimo poeta...

* *

La idea del Escorial fué sin embargo en su origen una de esas minuciosidades de leguleyo en que acostumbraba entretenerse Felipe II. Le había destruído á San Lorenzo una iglesia y tenía que indemnizarle alzándole otra. El santo no se quejará, de seguro, de haber perdido en el cambio. Cierta que su nueva iglesia debió de parecerle algo demasíadamente extensa y monótona, y que el estilo de la construcción quizás le oprimió el alma que había salido tan altiva y triunfal de las tostadas carnes; pero al fin el homenaje era magnífico, y el mártir aragonés tuvo que agradecerse al rey castellano.

Siempre que visito el Escorial ó lo recuerdo, pienso cómo sería tal edificio en un país nublado. El tedio del Escorial es indiscutible; nadie negará que pesan como plomo sus moles de granito, los pies y los barrotes de su descomunal parrilla, sus cornisas, sus cúpulas, sus columnas, sus basamentos abrumadores; pero supongamos que sobre esta masa faraónica se tiende el celaje acuoso y turbio de Inglaterra; supongamos que la infiltra el gotear de las lluvias y la enardece el moho de la humedad, y entonces sí que cuesta trabajo comprender cómo se podría resistir la hipocondría en ella, y cómo no se moriría allí de pasión de ánimo la gente, á los tres días — confirmando el dicho de Teófilo Gautier.

¡Pero hay el sol! El sol con sus derroches de oro, con sus esplendores siempre nuevos. Y el sol acaricia y entibia las piedras, y cosquillea en sus moléculas yertas y peladas, y entra á torrentes en los claustros, descubriendo los frescos de Jordán y la chillona alegría de los ropajes de colorines y la ostentación opulenta de las piernas rosadas y las cabelleras rubias. Los claustros del Escorial no son tristes cuando los baña el sol. Y hay un patio, el de los Evangelistas, que tiene todo el carácter de paganismo grandioso y poético de los monumentos romano. El elegante templete central; los estanquitos de mármol y los chorros de agua que en ellos caen con dulce murmullo; los señoriales y bien recortados bojés, de uniforme verdor, como cabujones de clara esmeralda; las estatuas acarameladas por el tiempo, todo es puro Renacimiento italiano, con su arrogante hermosura, que hace irrupción entre la displicencia aburrida del monasterio español, y ofrece al espíritu un lugar risueño donde se puede leer á Platón ó al Tasso.

* *

Los dos panteones, el de Reyes y el de Infantes, son la negrura y la blancura de la muerte y de la nada. El de Reyes es, en opinión general, magnífico,

majestuoso y bien adecuado á su objeto; al de Infantes se le juzga con severidad; se le considera de mal gusto. No se le puede negar la suntuosidad, y algunos detalles bien ejecutados. — Al panteón de Reyes es de sentir que se le haya dado luz. La completa oscuridad, las tinieblas que apenas disipaba la vela ó el farol del guía y que aumentaban el efecto trágico de los negros mármoles, convenían mejor á ese núcleo y centro de la Pirámide real, á ese sombrío corazón de Felipe II helado y rígido en la sepultura.

Y mirando á las regias urnas, me conmovió la de Alfonso XII, cuyos restos ya han abandonado el pudridero y reposan en compañía de los de Carlos V, Felipe II y otros monarcas á cuyos huesos no deja en paz la historia. ¡Pobre rey Alfonso! — el único Alfonso del panteón. — ¡Tan alegre, tan humano, tan expansivo, tan ingenioso! Las veces que hablé con él me produjo el efecto de que, de cerebro á cerebro, aquel rey era más tratable, estaba más al nivel de la cultura, que la inmensa mayoría de sus vasallos preciados de cultos y de sabios y de *européos*, como ahora se dice. Que allí había viveza, percepción, agilidad de entendimiento, es cosa indudable. Si ese entendimiento fresco y juvenil estaba destinado á madurar con los años, á dar fruto, ó á secarse y marchitarse, fenómeno que según D. Antonio Cánovas del Castillo suelen presentar los españoles listos al acercarse á los malditos treinta, sólo Dios lo sabrá. Es un enigma lo que guarda la urna de negro mármol del panteón del Escorial; un eterno enigma, para mí doblemente misterioso, porque las palabras del joven y malogrado rey vuelven ahora á mis oídos, y veo el chispear, la fulguración de sus ojos transparentes, color de venturina — ojos ya de enfermo — al decirme: «*Si vivo*, algo haré que deje memoria de mi nombre.»

* *

El salón de Batallas, en el Escorial, es otro tema nostálgico. ¡Qué de gloria sobre aquellas paredes, en aquellas secas y agrias pinturas; cuánto caballo, cuánto arnés, qué de ballestas, arcabuces y mosquetes; qué ordenado caminar de las haces españolas contra el enemigo, y cómo vienen á tierra los moros y los franceses y los salvajes y cuantos se oponen á nuestro arresto y bizarría y al esfuerzo de nuestro vigoroso brazo! Mezcla de involuntario orgullo y de dolor en la nunca cerrada herida se apoderó de mí al cruzar aquella especie de tubo, ancho pasillo sin muebles, en que dos vallas de hierro defienden las pinturas restauradas, de tan mediano interés para el arte como dignas de respeto á título de ejecutorias de la nobleza nacional...

Cuadros de muy otro valor encierran la sacristía y la sala capitular del Monasterio. Hay uno que es universalmente célebre, la *Santa Forma ó Comunión de Carlos II*, última obra maestra que produjo la expirante escuela española, antes de rendirse á la invasión del italianismo, á los burdos efectos de Jordán. Ese cuadro de la *Santa Forma* no es tan sólo un prodigio de técnica y una perfección como grupo de retratos. Es algo más. Es el alma de la España de entonces, vuelta de espaldas á lo humano y absorta en el misticismo; á la vez degenerada y llena de virtualidad psíquica; aterrada, miedosa, ligada por un conjuro, pero capaz de energías que hoy le faltan ya por completo. La figura del rey y la del sacerdote que tiende la hostia no pueden expresar más de lo que expresan. Hermosa despedida la de la escuela pictórica española con el cuadro de Coello.

Yo tengo en el Escorial otro cuadro predilecto, en el cual los críticos de arte ven que reprender y tachar, pero que le dice á mi alma cosas mejores que la misma *Cena de Tintoretto* y que *La túnica de Josef*, brutal y sincero trozo de Velázquez. Este cuadro *sugestivo* es, ¡naturalmente!, del Greco. Representa el martirio de San Mauricio y su legión. Los azules, los amarillos, los verdosos del Greco dominan en el colorido general, y los grises, en las cabezas ideales del santo y de los amigos y veteranos que le rodean. Una serpiente, erguida en un ángulo del lienzo, lleva en la boca un cartel blanco donde se lee: *Domenico Theotocopuli*.

Y en lo alto, sobre la escena de matanza, ángeles soñados, incorpóreos, más puros que los ángeles de Mœmeling, flotan en el cielo irisado de extraños reflejos, cuya luz da tono al viril, al divino semblante de San Mauricio, en el cual, en letras más claras que las del cartel, puede leerse el desprecio de la muerte, el ansia del sacrificio, la convicción del heroísmo — algo sobrehumano, pero algo histórico también... La mejor página de una vida.

EMILIA PARDO BAZÁN.

J. PABLO KRUGER, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA SUDAFRICANA

La biografía del actual presidente de la República Sudafricana está hecha en muy pocas líneas: en su juventud dedicóse á la agricultura y al pastoreo, como todos los boers; como éstos luchó en distintas ocasiones contra los pueblos indígenas que habitaban los territorios fronterizos del Transvaal; en 1878 fué con Joubert designado por sus compatriotas para ir á Inglaterra á protestar contra la anexión de la República transvaalense á la colonia del Cabo; tomó parte importantísima en la guerra de 1881, á la que pusieron fin la batalla de Majuba, tan desastrosa para los ingleses, y el tratado que reconoció la independencia absoluta de aquel Estado; y en premio á sus méritos y servicios el pueblo boer le eligió presidente en 25 de octubre de aquel mismo año, habiendo sido desde entonces reelegido cuatro veces consecutivas para aquel cargo.

Si su biografía es corta, abundan, en cambio, en su vida episodios y rasgos curiosos que dan perfecta idea de su modo de ser y algunos de los cuales vamos á citar porque creemos que interesarán á nuestros lectores.

Fué en sus mocedades corredor infatigable: habiendo apostado una vez, cuando tenía diez y ocho años, que seguiría á un jinete cuyo caballo corriera á toda velocidad, salió triunfante de la prueba en su recorrido de 800 metros. En otra ocasión tomó parte en unas carreras á pie, organizadas por los jefes cafres; la distancia que debía recorrerse era larga y en el itinerario estaba comprendida la casa del padre de Kruger. Este dejó muy pronto atrás á todos sus contrincantes, y al llegar á la granja de su familia creyó, con razón, que llevaba suficiente ventaja para entrar en ella, tomar café y descansar un rato. Su padre reprendióle severamente porque no llevaba su rifle y le obligó á tomar un fusil para continuar su carrera; así lo hizo el joven Kruger, que reanudó su marcha, seguido entonces de cerca por los cafres; pero éstos estaban fatigadísimos y se veían obligados, para no abandonar la partida, á arrojar sus escudos, lanzas y azagayas, á pesar de lo cual aquél siguió llevándoles la delantera, y llegó á la meta con tanta anticipación que antes de que llegaran sus adversarios tuvo tiempo para entretenerse en cazar antílopes.

Además de gran corredor, ha sido Kruger un tirador consumado. Perseguido una vez por un búfalo, cuando el caballo que montaba comenzaba á cansarse, el futuro presidente de la República del Transvaal volvióse ligeramente sobre su silla, echóse lentamente el fusil al hombro, apuntó sin precipitarse, mientras su montura emprendía un galope supremo; disparó, y el búfalo rodó por tierra mortalmente herido por la bala que le había atravesado el testuz.

A la edad de siete años, es decir, cuando apenas se tiene fuerza para levantar un fusil, cobró Kruger su primera pieza mayor; á los once mató el primer león, y á los trece combatía con sus compatriotas por la independencia de su país.

Está muy orgulloso de su humilde origen, y en prueba de ello citaremos la siguiente anécdota:

En una ocasión recibió la visita de un duque inglés, que le fué presentado por el ministro de Trabajos públicos del Cabo, y entre el noble aquél, que era á la vez diplomático, y el presidente Kruger entablóse el siguiente diálogo por medio de un intérprete:

El Duque. — Decid al presidente que soy el duque X, y que he venido para visitarle.

Kruger dejó oír un refunfuño como queriendo decir: «Sea bienvenido.»

El Duque. — después de una larga pausa. — ¡Ah! Decidle también que soy miembro del Parlamento inglés.

Nuevo refunfuño del presidente, que fuma tranquilamente en su pipa.

El Duque. — después de otra larga pausa. — Decidle que soy miembro de la Cámara de los Lores.



Medalla conmemorativa boer dedicada al presidente Kruger

Kruger refunfuña por tercera vez echando grandes bocanadas de humo.

El Duque. — después de una nueva pausa más larga que las anteriores, durante la cual pensó tal vez que no había insistido bastante sobre su identidad. — Quizás interese al Presidente saber que he sido virrey.

Kruger. — ¡Virrey, virrey! Y esto, ¿qué es?

El duque. — Un virrey es una especie de soberano.

Kruger siguió fumando sin decir palabra, hasta que visiblemente fastidiado por esta forma de conversación, volvióse al intérprete y le dijo malhumorado:

— Decid á ese inglés que yo he apacentado rebaños.

Estas palabras pusieron término á la entrevista.

Pablo Kruger tiene una lengua acerada, de la que se sirve á maravilla. Tiene frases rudas, pero que

audiencia á los prisioneros que habían sido puestos en libertad, les habló en los siguientes términos:

— Cuando me muerde un perro, no se me ocurre castigarle á él, sino que procuro buscar al amo del mismo que lo ha azuzado contra mí.

Kruger es de carácter violento; muchas veces se enfurece, pero sus arrebatos de cólera duran poco.

En 1884 tuvo con su ministro de Estado, el Dr. Leyds, un violento altercado, habiendo llegado la discusión á un extremo tal, que el presidente hubo de exclamar:

— Uno de los dos sobra aquí.

— Seré yo, respondió Leyds cogiendo su sombrero y sus guantes y saliendo de la estancia, convencido de que su carrera política había terminado.

Aquella misma noche, el Dr. Leyds oyó llamar á la puerta de su casa: era el presidente Kruger que llegaba á uña de caballo para pedirle perdón por su intemperancia y suplicarle que olvidara lo ocurrido.

La resistencia de Kruger al dolor físico es legendaria. Yendo una vez de caza, reventó el rifle que llevaba, arrancándole una parte del pulgar de la mano izquierda. El cirujano á quien consultó consideró indispensable la amputación del antebrazo, á lo cual negóse aquél rotundamente, despidiendo al físico después de varias consultas. Hecho esto, afiló un cuchillo de grandes dimensiones y poniendo la mutilada mano sobre una piedra, se cortó la primera falange del dedo herido. Desgraciadamente, la gangrena invadió la segunda falange, en vista de lo cual cortóse ésta con la misma sangre fría con que se había cortado la otra, logrando de esta manera salvar el brazo. Desde entonces, Kruger se sirve del índice como si fuera el pulgar, cogiendo los objetos con los dos primeros dedos de la mano izquierda.

Pertenece Kruger á la iglesia congregacionista independiente, pero no es intolerante y no se incomoda porque otros piensen de distinta manera que él en materias religiosas.

Cuando se propuso el cargo de secretario de Estado al Dr. Leyds, éste declinó la proposición alegando que no profesaba la misma confesión del presidente.

— Si sois un hombre honrado, respondióle éste con dulzura, y estáis bien penetrado del bien del país, jamás os preguntaré vuestras opiniones religiosas.

La existencia campestre y la vida familiar características de los boers que llevó en su juventud el presidente Kruger explican por qué éste, sin ser un ignorante, no es hombre muy docto. Como todos sus compatriotas, aprendió á leer en la Biblia, el libro que el boer nunca abandona. Kruger se lo sabe de memoria, lo lee y comenta, y en sus simbólicas enseñanzas encuentra á menudo remedio para las



GUERRA ANGLO-BOER. — COMPAÑÍA DE GUARDIAS NACIONALES EN KIMBERLEY (de fotografía de Barnett)

sintetizan pensamientos de humanidad y de justicia y que sus súbditos consideran como verdaderas parábolas. Cuando le avisaron de los manejos del doctor Jameson, que en diciembre de 1895 preparaba su *raid* contra Johannesburgo, respondió, aludiendo á la tortuga:

— Hemos de esperar á que la bestia saque la cabeza de su caparazón.

Y ajustando sus actos á sus palabras, no sofocó la rebelión hasta que hubo estallado.

Poco después presentósele una comisión pidiéndole que no mandara ahorcar al referido doctor.

— ¡Bah!, exclamó Kruger. Veo que no os preocupáis más que de la cola de la serpiente, ¿por qué no pensáis en herir al reptil en la cabeza?

Lo cual quería decir: «¿Por qué venís á fastidiarme de continuo con el tal Jameson y sus filibusteros en vez de pensar en Rhodes, que es la causa de todo el mal?»

Y por último, cuando en mayo de 1896 recibió en

dificultades que surgen en su camino.

Los que no pertenecen á la religión protestante é ignoran el papel que desempeña la Biblia en las familias pertenecientes á esta confesión, quizás tacharán esta actitud del presidente de hipocresía; pero basta vivir con él y con las personas que le rodean ó simplemente frecuentar su trato para convencerse de la sinceridad de su fe.

Dotado de una voluntad firme y de un talento claro; bondadoso y valiente, Kruger constituye una gran figura histórica y es la encarnación del gobierno local en la forma más pura: es el presidente de los boers con el mismo título que es el jefe de su iglesia; no gobierna solamente por la ley, sino por la autoridad de su carácter y por el poder de la razón. Es, en cierto modo, el pastor del pueblo cuyos destinos rige, el padre querido y venerado, y esta situación sin igual es la que le da la fuerza grande de que disfruta entre los suyos y la respetabilidad de que goza fuera de su patria. — X.



¡Ven, por Dios; quizá al verte se salve!

QUIEN TAL HIZO...

Alto, muy alto, forzado como un toro, Ramón Grijalba hubiera sido modelo admirable para un pintor que hubiera querido trasladar al lienzo la imagen de aquel dechado de vigor físico que los griegos personificaron en Hércules, vencedor de la Naturaleza y domador de fieras.

Tenía treinta años cuando, llegado de no se sabe dónde, apareció en el puerto de D... trabajando como buzo. Su contextura atlética, su arrogante presencia, el esfuerzo poderoso con que, desde el primer momento, se aplicó a su penoso trabajo, con aplauso de sus superiores y asombro de sus compañeros del muelle, le dieron en pocos días popularidad inmensa entre la gente de mar, raza fuerte y dura como pocas.

A mayor abundamiento, Ramón hizo pronto imposición de su poderío entre los matones de los barrios bajos de la marina. La primera noche que penetró en la taberna del tío Grajo, centro del hampa y de lo más maleante de la ciudad, mandó desocupar el local a cuatro mocetones que en el lugar cantaban y se refocilaban al son de una guitarra, tañida por uno de los bravos de mayor nombradía. La guitarra quedó hecha añicos en la cabeza del valiente, y con un taburete por toda arma contra las facas de sus compañeros, les hizo huir despavoridos, golpeados y maltrechos. El propio tío Grajo, que se lamentaba del escándalo, salió por una ventana, lanzado, como por una catapulta, por las manos del coloso.

No fué menester más para que desde aquella noche acataran todos, valientes y pacíficos, al titán que se les había venido encima.

El predominio de la parte animal, había dejado en Grijalba escaso espacio al desarrollo de la inteligencia; el poder, que suele causar desvanecimientos a personas de buen sentido, tenía que convertir en tirano insoportable a aquel pedazo de bárbaro. Y así fué. Sin más leyes que su voluntad, aquel oso humano, sumiso y atento con sus jefes, era verdadero azote para sus iguales. Temíanle éstos cuando en zambras y fiestas se conducía como dueño absoluto ante rebaño de esclavos; temíanle al ver pasar su estatura gigantesca por calles, muelles y paseos, y hasta cuando metido en la escafandra, que le daba aspecto de animal fantástico, hallábase sumergido en las ondas saladas mientras un operario, por medio de una bomba de compresión, mandaba a lo largo de flexible tubo aire para sus pulmones de cetáceo.

Con el imperio que a los hombres, trató a las mujeres, y gobernó el amor como las demás cosas de la vida. Fuese fascinación, miedo ó admiración por las cualidades excepcionales del Hércules, que aun cuando basto y salvaje era lo que se llama un gran mozo, sobre todo para una clase de hembras que no sabía pararse en distingos ni finuras, sus conquistas fueron numerosas, convirtiéndole en un D. Juan brutal y de bajo vuelo.

Una tarde nebulosa y fría del mes de noviembre, junto al obrero que hacía funcionar la bomba, hallábase un vejete de sesenta años, pálido, menudo, extenuado, aguardando que Ramón terminase su tarea. El buzo tenía aún trabajo sólo para dos ó tres días. Luego traerían al acantilado en que el obrero y el viejo hablaban la grúa con que se izan las piedras, cuya alineación y salida preparaba Grijalba debajo de las aguas.

El sol poniente lanzó su último rayo, y a poco, por la escala que perpendicular caía al mar a lo largo de las rocas de la costa, subió pausadamente el buzo. El amplio traje impermeable que le cubría el cuerpo y el casquete de cobre estañado que protegía la cabeza abocetaban la figura humana, cual si fuese una visión extravagante, engendrada por la calentura. Llegado a lo alto desprendióse el gigante de la cáscara que le envolvía, y apareció fuerte, colosal, con toda su grande y bárbara hermosura, aspirando con ansia el aire huracanado que a la sazón corría, hinchando el pecho como pared de poderoso fuelle.

Marchóse el obrero y quedaron solos Grijalba y el viejo tío Gorio. Redújose el diálogo a una petición angustiosa, anhelante, desesperada del segundo, y a una negativa hosca, fría y burlona del primero. ¡Con valientes andróminas le venía el tío Gorio! Que su nieta Mariuchu se moría..., pues que la enterrasen. Que él, Ramón, era el causante de la muerte por haberla abandonado... Mentira. Se moría de otra cosa. ¿Por qué le había hecho caso?

— Tiene diecisiete años..., es mi única alegría, decía sollozando el viejo. ¡Ven, por Dios; quizá al verte se salve!

Y sus ruegos y sus imprecaciones se estrellaban ante la tenacidad inflexible de Grijalba que, silbando una canción y sin hacerle caso, se dirigía hacia la ciudad a grandes pasos, inquietado en su marcha por los extremos del tío Gorio, como mastín a quien molestan los brincos y escarceos de un gozquecillo. Hubo un momento en que el pobre viejo se asió a la ropa de Ramón, pretendiendo detenerle en su cami-

no. El gigante se detuvo bruscamente con el ancho rostro encendido por la ira, y alzó un puño formidable sobre la cabeza del importuno. El cráneo amarillento del anciano hallábase amenazado de chascarse como una nuez al manoplazo de un orangután. Mas el Hércules, con un mohín de brutal desdén, varió el movimiento, y con un revés azotó la cara del tío Gorio.

Allá quedó éste, lloroso y compungido, mientras su contrario se internaba por una de las cercanas callejas. Un hilo de sangre corría por su barbilla seca y enjuta. Después, con paso vacilante, temblándole el desmedrado cuerpo de rabia y de impotencia, se encaminó a su casa.

En ella, tendida en mísero lecho, le aguardaba la infeliz Mariuchu. Al verle entrar solo; al comprender que Grijalba no vendría, pareció que escapaba la última suprema esperanza con que se asía a la vida. Desde el abandono del coloso, negándose hasta nutrir su cuerpo espigado de adolescente tardía, la anemia la devoraba.

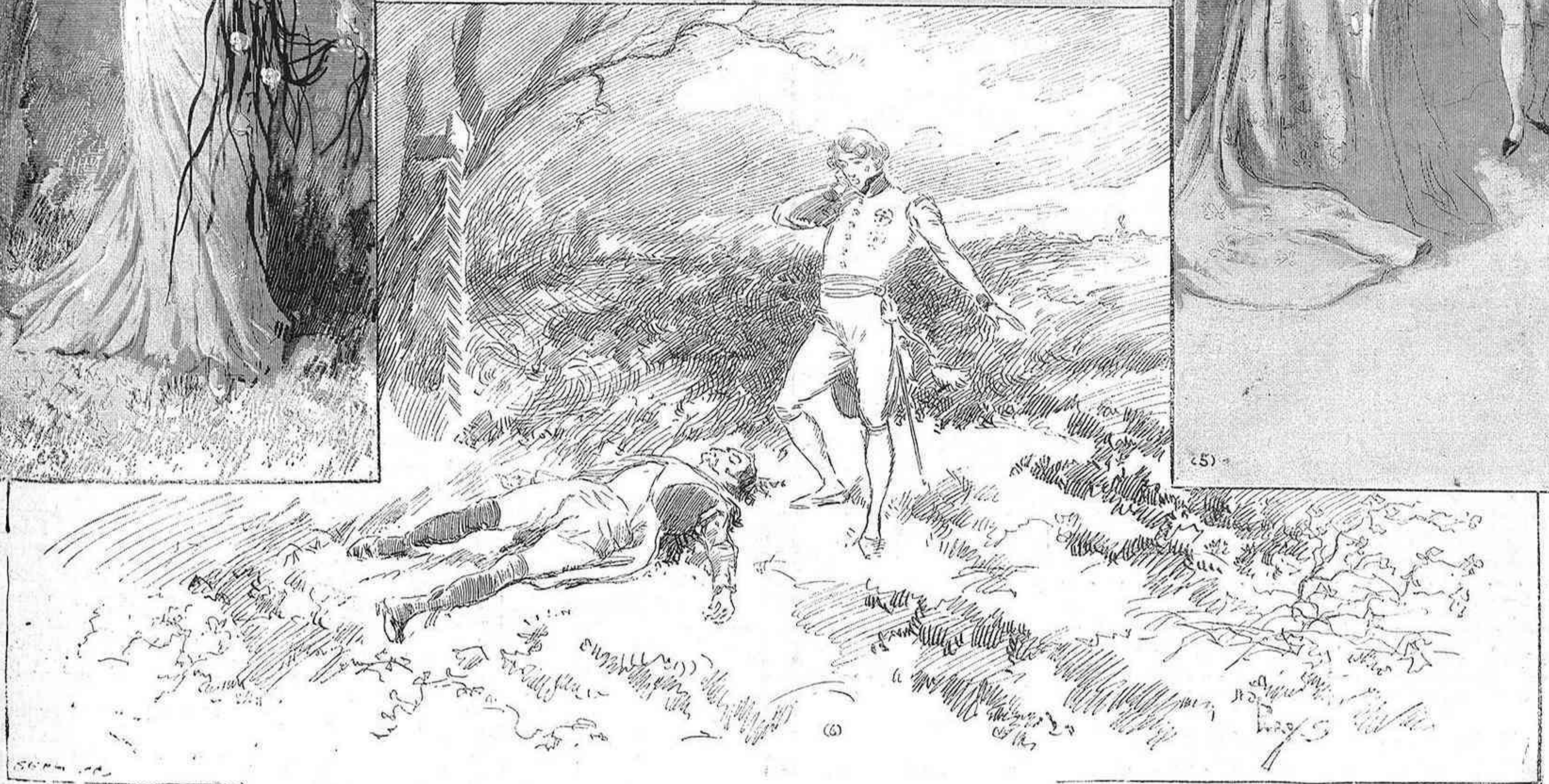
Y tras una noche de larga agonía, la luz pálida del alba, indiferente a las desdichas del mundo, alumbró el cadáver de la desdichada Mariuchu y el rostro desencajado del abuelo, atónito y alhelado por las horas transcurridas en el bárbaro suplicio.

Eran las ocho de la mañana del funesto día, y Ramón, embutido en la escafandra, proseguía su tarea bajo las aguas. El obrero que manejaba la bomba que surtía de aire al buzo, vió llegar al tío Gorio, que inmediatamente trabó conversación con él.

El viejo, á juzgar por su aspecto y por lo balbuciente de sus palabras, debía estar alumbrado. Se conocía que tenía ganas de seguir la broma, porque propuso al obrero y aun le dió dinero para comprar una botella de aguardiente, comprometiéndose á sustituirle en su trabajo mientras aquél iba á buscarla. La proposición era tentadora y fué aceptada en el acto.

Apenas se había alejado el operario, el tío Gorio, trémulo y convulso, soltó la palanca con que daba movimiento á la bomba y se arrojó al suelo, asomando la cabeza al mar, junto al sitio por donde pendía la escala de cuerda con travesaños de madera por donde había descendido el buzo.

Veíase abajo, en lo hondo, con alteración propia de la imagen en el agua, la figura achaparrada, corta



ATENEIO
BIBLIOTECA
MADRID

1. El agregado francés. - 2. Metternich y el emperador Franz. - 3. El sargento Flambeau. - 4. Teresa. - 5. María Luisa. - 6. Muerte de Flambeau

PARÍS. - TEATRO SARAH BERNHARDT. - L'AIGLON, DRAMA DE EDMUNDO ROSTAND

y grotesca del atleta entregado á su trabajo. Pronto cesó éste, y con un movimiento de inquietud, el buzo se volvió en dirección á la cabeza que con lividez de asesino le miraba. Al través de la fuerte mirilla de cristal, debió ver el rostro flaco y macilento que con ansia de muerte le contemplaba. El casquete metálico se agitó como suplicando, y Grijalba, con paso rápido, se dirigió á la escala. El tío Gorio, con rapidez de tigre, se alzó, sacó la escala de los fuertes ganchos de hierro que en tierra por uno de los travesaños la sujetaban, y la lanzó al mar. Por algún tiempo vió abajo la confusa masa, formada por el blanco escafandro, vago remedo de la figura humana, tantear con movimientos terribles desesperados las rocas que, perpendiculares, se hundían en las aguas. Por dos veces comenzó el acceso, terminado con bruscas caídas al fondo. A la tercera tentativa la figura cayó al suelo, y allí se removió algún tiempo como pólipo gigantesco, palpando con movimientos inconscientes y terribles las piedras, sobre las que, con convulsiones espantosas, se debatía. Y el agua, por encima de aquella agonía, se movía con

saben todos los que *han* por oficio este de emborronar cuartillas, que del *escribir* podría decirse, con más fundamento tal vez, eso de que en el empezar está todo; y si el vulgo no lo ha incluido en su refrán, consiste indudablemente en que el vocablo *escribir* no *caía* en copla; y en este caso, lo mismo que en muchos otros, ha sido sacrificada la exactitud á las exigencias de la rima, exigencias que hicieron exclamar á nuestro compatriota:

Fuerza del consonante á lo que obligas,
á decir que son blancas las hormigas.

En fin, que Fernando, fija la vista en las immaculadas cuartillas; colocados á muy pocos milímetros de ellas los puntos de la pluma; moviendo, sin advertirlo siquiera, la siniestra mano que

tocaba ora la boca, ora la frente,

como si pretendiese arrancar de los labios ó de las cejas el rebelde comienzo de su trabajo, ni escribía una letra, ni acertaba á formular con palabras la idea que tan original le había parecido.



y se arrojó al suelo, asomando la cabeza al mar

su eterno reflujo, sin que el menor ruido revelase las angustias que allá, en lo hondo, encerraba el escafandro.

Cuando una hora después, tras múltiples esfuerzos para sacarlo á tierra, abrieron las gentes del cercano muelle el escafandro, apareció el cuerpo de Ramón Grijalba como una masa sanguinolenta. La epidermis de aquel cuerpo de titán había lanzado por doquiera el licor de las rotas venas. El tío Gorio era el único que, entre los atemorizados testigos de la tremenda escena, mostraba salvaje alegría, y gritaba ante el gigante que destrozado yacía á sus pies, irguiendo el débil cuerpo y golpeándose el pecho:

— ¡Yo he sido!

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

CUENTAS GALANAS

(MEDITACIÓN)

¡Qué compasión! ¡Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca, ternero.

SAMANIEGO.

... y Fernando se puso á trabajar lleno de entusiasmo. Es decir, ponerse precisamente, lo que se llama ponerse, no se puso; pero pensó hacerlo. Porque le había ocurrido cierta idea muy original, para escribir un articulo de esos que ahora llamamos *sensacionales*.

Las ideas no nos favorecen tan á menudo que sea lícito desdeñarlas, y Fernando, que lo comprendió así y que además necesitaba con perentoriedad algunas pesetas (cosa que le ocurría mucho más frecuentemente que las ideas originales), vió el cielo abierto, como suele decirse. Se encerró en su despacho; requirió las cuartillas, apercibió la pluma, acercó el tintero y... comenzó á discutir cómo empezaría.

El comer y el rascar todo es empezar, dice el proverbio (ó lo que sea); pero bien sabe Dios y bien

Pensando, pensando y discurriendo, discurriendo — pero siempre sin escribir, — imaginó Fernando que, en efecto, la idea con que había sido iluminado su espíritu era demasiado grande y demasiado original, para encerrarla en el reducido espacio de un artículo y condenarla á la vida efímera que viven los trabajos periodísticos.

«Ahora me explico — se decía Fernando mentalmente, — ahora me explico por qué la inspiración se resiste á venir: es que el asunto merece marco menos ruin. Tengo asunto, ¡vaya si lo tengo!, para una comedia en un acto. Comedia que, sobre permitir más expansión á mi fantasía, me producirá, por poco que produzca, honra y provecho; más provecho y más honra que el artículo me produciría.»

Encariñado con el pensamiento de escribir una comedia en un acto, cesó en su labor de buscar principio ó introito para el artículo, dejó caer la pluma, echó hacia atrás el cuerpo y meditó, clavada en el techo, aunque sin verlo, la mirada que fijaba antes, sin verlas tampoco, en las cuartillas. Pero, á medida que ahondaba en sus meditaciones, ensanchábase y se engrandecía en todos sentidos su idea.

«Pero, hombre, se decía Fernando como reprendiéndose á sí mismo, ¿cómo no has visto antes, que hay aquí materia suficiente para una obra en tres actos? Sería verdadero crimen reducir á un acto solo un pensamiento que, si yo acertó á desenvolverle, puede ser una de las mejores comedias del teatro contemporáneo. El pensamiento generador es nuevo, el desarrollo originalísimo, el propósito noble y elevado, el desenlace consolador... vamos, que la obra será — debe serlo — de lo que no se ha visto hace mucho tiempo en nuestro teatro, ni en los de otros países.

«¡Y no es nada las utilidades de todos géneros que una obra de ese empuje me proporcionará sin duda! Abiertas de par en par las puertas del teatro, hasta hoy herméticamente cerradas para mí; copiosos en billetes de Banco los trimestres (hay que pensar en todo); innumerables, imposibles de atender las peticiones de obras, humilde y rendidamente dirigidas al

autor célebre por actores eminentes y opulentos empresarios.»

Barajando estas cosas en su cabeza, sonreía Fernando, con la sonrisa de beatitud de quien se considera completamente dichoso. «Me parece — siguió diciendo, — me parece que en lugar de comedia, lo que hay aquí (y se daba palmadas en la frente) es un drama. Indudablemente; las situaciones que surgen por sí solas, con espontaneidad, del asunto mismo, *ex visceribus rei*, como nos decía aquel profesor de retórica tan mentecato y tan erudito, son dramáticas y no cómicas. Y realmente el drama tiene más importancia literaria que la comedia. El drama ha de darme más celebridad, aunque tal vez me produzca, por de pronto, menos dinero. En fin, eso no importa. Bueno y además necesario es el dinero; no lo he despreciado nunca y lo busco muchísimas veces; pero no es siempre lo principal; ocasiones hay, y esta es una de ellas, en las cuales hay que atender preferentemente á otras cosas. Nada; haré un drama. Lo malo será que después de haber trabajado algunos meses, quizá algunos años, no se halle medio de que lo representen. Que el drama sería filón riquísimo para cualquiera empresa, lo tengo por seguro; pero también tengo por seguro que los empresarios no lo entenderán así. Gente poco ilustrada, casi todos ellos, son esclavos de la rutina; lo que gustó una vez, porque el genio había dejado allí su huella, créenlo de buen éxito seguro aunque la huella del genio no exista; se asustan ante la novedad, que les parece, cuando menos, peligrosa. Creo que sería mejor escribir una novela. No; y en realidad la novela es el género literario que más se adapta á las condiciones de la moderna vida intelectual. El teatro está llamado á desaparecer muy en breve, como espectáculo artístico. Será, ¿qué se yo?, exhibición puramente plástica de mujeres hermosas ó de monumentos arquitectónicos; pero literatura no será; la literatura se ha de refugiar en la novela: preciso es que haga yo esa novela y la haré, y obtendrá un éxito de librería como no lo ha soñado siquiera *Emilio Zola*; y yo entonces, en vez de ser solicitado por empresarios y por cómicos, lo seré por editores, que no me dejarán á sol ni á sombra.

«Además, la novela tiene otra ventaja: la de que si no encuentro editor, puedo yo mismo editarla por mi cuenta; procedimiento muy dificultoso, sobre inusitado y ridículo tratándose de un drama. Claro está que yo solamente editaría mi primer libro, los demás me los arrebatarían de las manos las empresas editoriales.»

Mientras Fernando se entrega á estas meditaciones suenan las doce en el reloj vecino, y el ruido persistente de tantas campanadas lo saca de su abstracción y lo trae á la vida de la realidad.

Es muy tarde ya para escribir el artículo y es todavía demasiado temprano para labrar la novela.

«Pero — dijo filosóficamente y encogiéndose de hombros — mañana será otro día. Hoy no me sería posible coordinar dos ideas; mañana resolveré si debo escribir comedia ó drama ó novela, ó las tres cosas.»

Si bien se adivina fácilmente que Fernando no escribió la novela, ni el drama, ni la comedia... y, por supuesto, ni el artículo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

GUERRA ANGLO-BOER

Escasas, por no decir nulas, son las noticias que podemos consignar esta semana referentes á acciones de guerra. Todo el interés de las operaciones se ha concentrado en Wepener, población cercana á la frontera de Basutolandia, en donde los boers tienen desde hace días sitiada á una columna inglesa de 2.000 hombres. Varios y muy reñidos han sido los combates que allí se han trabado desde el 9 de abril; pero ni ha podido saberse el resultado parcial de ninguno de ellos, ni siquiera puede sacarse en limpio en qué situación han quedado después de ellos los dos ejércitos combatientes, pues tan pronto se dice que los boers han abandonado el cerco de aquella ciudad y retirádose del distrito de Rouxville, en donde está situada, como se anuncia que la plaza se ha rendido.

Tampoco aparecen muy claros los sucesos que últimamente se han desarrollado por la parte de Ladysmith. Según parece, los boers volvieron á ocupar durante algunos días las posiciones que allí ocuparon antes de que Buller entrara en aquella plaza y aun llegaron á bombardear el campamento de Elands-laagte; pero últimamente se asegura que han evacuado otra vez esa región y que se han retirado al otro lado de Biggars Berg.

El ministerio de la Guerra inglés ha desmentido la noticia de la derrota de Meerkatsfontein, de que

nos ocupábamos en nuestra crónica anterior: según parece, la confusión fué debida a la circunstancia de haberse designado con dos nombres distintos un solo descalabro, el de Reddesberg; pero de todos modos éste ha resultado mayor de lo que en un principio se dijo, puesto que las bajas de los ingleses se acercaron mucho á 1.000.

La columna del coronel Plumer, cuya misión es socorrer á Mafeking, se ve obligada á mantenerse á la defensiva después de los descalabros sufridos, en uno de los cuales, el de Ramathlabana (31 de marzo), tuvo tres oficiales y siete soldados muertos, 24 soldados heridos y 11 desaparecidos.

Dícese que de los escarmentados nacen los avisados; pero esto no reza con los ingleses que, á pesar de tantas lecciones como llevan recibidas, incurren de continuo en las mismas faltas y omisiones que tan caras les van costando. Hace pocos días, en las mismas inmediaciones de Bloemfontein, es decir, á las barbas del general Roberts y de sus 70.000 hombres, fué sorprendido y capturado un destacamento de fusileros reales irlandeses mandado por lord Rosslyn, que estaba patrullando... para evitar nuevas sorpresas.

En vista de la repetición de hechos análogos á éste y sobre todo á impulsos del natural despecho que

los calificativos más crudos y los insultos más groseros.

Los generales tampoco se han librado, ni mucho

acometida, sino que además debe ser sumamente crítica por la escasez de agua y por el temor constante de ver cortadas sus comunicaciones por las fuerzas boers que, cada vez más osadas, pululan por los alrededores de la capital de Orange y hostilizan á cuantos ingleses se aventuran algo lejos de la ciudad.

Han llegado á Europa los tres comisionados boers Mrs. Fisher, Wessels y Wolmarans, cuya misión, según parece, es interesar á las potencias para que establezcan las bases de una paz honrosa: muéstranse reservadísimo acerca del objeto que á Europa les trae, pero uno de ellos ha dicho á un periodista milanés que el Transvaal y el Orange se hallan dispuestos á toda clase de sacrificios para conservar su libertad y su independencia.

Ocupándose de la llegada de esos delegados, dicen los periódicos ingleses que no son plenipotenciarios, sino agitadores, pues quieren la paz en las condiciones dictadas por ellos cuando les consta que el gobierno inglés ha manifestado que la única condición posible para tratar de la paz sería la sumisión incondicional de las dos repúblicas á Inglaterra.

No nos parece muy lógico el razonamiento de los ingleses para calificar de agitadores á los que vienen á defender lo que de derecho les pertenece; ni esti-



GUERRA ANGLO-BOER. - PASO DE UN VADO POR LA ARTILLERÍA INGLESA QUE SE DIRIGÍA Á LADYSMITH (de fotografía)

menos, de tales censuras: Gatacre ha sido la primera víctima propiciatoria, habiéndolo lord Roberts destituido y reemplazado por el general Pole Carew.

En tanto, el generalísimo sigue inmovilizado en Bloemfontein, según unos porque aún no dispone de todos los caballos que necesita, según otros á causa de las enfermedades que diezman su ejército. Pero



GUERRA ANGLO-BOER. - LA RENDICIÓN DE CRONJE. BOERS ENTREGANDO SUS ARMAS EN PAARDEBERG, dibujo de R. Catón Woodville (reproducción autorizada del «Illustrated London News»)

engendra la desgracia, la prensa inglesa dirige grandes censuras á los jefes y oficiales, llenándolos de improperios y aplicándoles, sin ambages ni rodeos,

sea por esto ó por aquello, lo cierto es que la situación de lord Roberts no sólo resulta desairada, después de las esperanzas que hizo concebir su primera

mamos muy oportunas estas arrogancias de Inglaterra, cuyas victorias militares no guardan relación con lo extremado de sus exigencias. - A.



ATENEUM
BIBLIOTECA
MADRID

GUERRA ANGLO-BOER.—UN RECONOCIMIENTO PRACTICADO EN CIRCUNSTANCIAS DIFICILES POR LAS FUERZAS DEL GENERAL FRENCH EN COLESBERG, dibujo de R. Catón Woodville

NUESTROS GRABADOS

Barcelona.—Ejecución de la novena sinfonía de Beethoven en el teatro del Liceo.— En la serie de conciertos durante la pasada Cuaresma celebrados en nuestro gran teatro del Liceo, que tantos aplausos han valido á la orquesta dirigida por el maestro D. Antonio Nicolau y al *Orfeo Catalá*, que tan admirablemente ha sabido organizar y dirige el maestro D. Luis Millet, se ha ejecutado por vez primera con solos (confiados á las señoritas Bertrán y Dachs y á los Sres. Puiggener y Escursell), orquesta y coros la grandiosa novena sinfonía de Beethoven. No hemos de analizar la maravillosa composición del inmortal maestro; únicamente diremos que el efecto fué inmenso y que cuantos en su ejecución tomaron parte merecieron entusiastas aplausos.

Y puesto que del *Orfeo Catalá* hemos hablado, parécenos oportuno decir algo de esta interesante institución que honra verdaderamente á Barcelona, y que, fundada en 1891 por Luis Millet y Amadeo Vives, ha llegado en tan pocos años á una altura que no vacilamos en calificar de extraordinaria. En enero de 1892 contaba 28 socios coristas y 37 socios protectores y se reunía en el local de otra sociedad; hoy cuenta con un coro compuesto de 50 señoritas, 50 niños y 100 hombres y con 800 socios protectores y tiene magnífico local propio: ¿qué mejor demostración de los progresos en tiempo relativamente tan corto alcanzados? El *Orfeo Catalá* cultiva todos los géneros de música, y con la misma perfección canta nuestras sencillas canciones catalanas ó el inspirado repertorio del popular Anselmo Clavé, que las originales composiciones de los más modernos autores extranjeros, que las sublimes creaciones de los grandes genios de la música religiosa que se llamaron Victoria y Palestrina.

Dondequiera que ha ido el *Orfeo* á luchar en palenques artísticos, lo mismo en España que en el extranjero, las más codiciadas recompensas han sido premio á sus méritos indiscutibles: citaremos, entre otros, el gran Concurso Internacional de orfeones hace tres años celebrado en Niza, en donde obtuvo el primer premio en competencia con los más afamados orfeones de Francia y algunos del extranjero, despertando el más frenético entusiasmo en el jurado y en el público.

Cuantas eminencias artísticas han pasado por Barcelona han dedicado una visita al orfeón: Ricardo Strauss suplicaba á Millet que le honrara aceptando algunas de sus composiciones para

inquebrantable perseverancia, fe ciega en la bondad de la idea que en la formación y desarrollo del *Orfeo* ha presidido y convencimiento absoluto de la misión elevada que su obra realiza dentro del arte.

Así lo han comprendido cuantos del *Orfeo* forman parte; todos ellos sienten por Millet respeto profundo y cariño que raya en veneración; todos obedecen ciegamente sus menores indicaciones y todos le siguen sin vacilaciones y sin desmayos, seguros de que por él guiados y dirigidos han de ir necesariamente á la victoria.

El *Orfeo Catalá* es una gran institución artística, pero es también una gran familia, y bien puede afirmarse que á este doble carácter se deben sus continuados y brillantes éxitos, á los cuales han contribuido también la Srta. Wherle y los Sres. Salvat y Comella, valiosos auxiliares de Millet en la enseñanza musical de los orfeonistas. A todos ellos envía su felicitación más calurosa LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

L'Aiglon, drama de Edmundo Rostand.— La lámina que publicamos en la página 269 reproduce los principales personajes y algunas de las escenas más culminantes del drama de Rostand recientemente estrenado en París con éxito verdaderamente colosal. La circunstancia de haber dedicado la prensa de todo el mundo largos artículos á *L'Aiglon* y la índole de la sección á que estas líneas van destinadas nos relevan de entrar en consideraciones acerca de esta obra que unánimemente ha sido calificada como uno de los más grandes acontecimientos teatrales de nuestros tiempos.

El primer hijo, cuadro de Ramiro Lorezale (Exposición del Círculo Artístico de Barcelona).— Los vistosos trajes, costosos muebles y ricos tejidos que sintetizan el gusto dominante en los comienzos de la pasada centuria, sirven á Ramiro Lorezale para producir algunas obras verdaderamente reco-

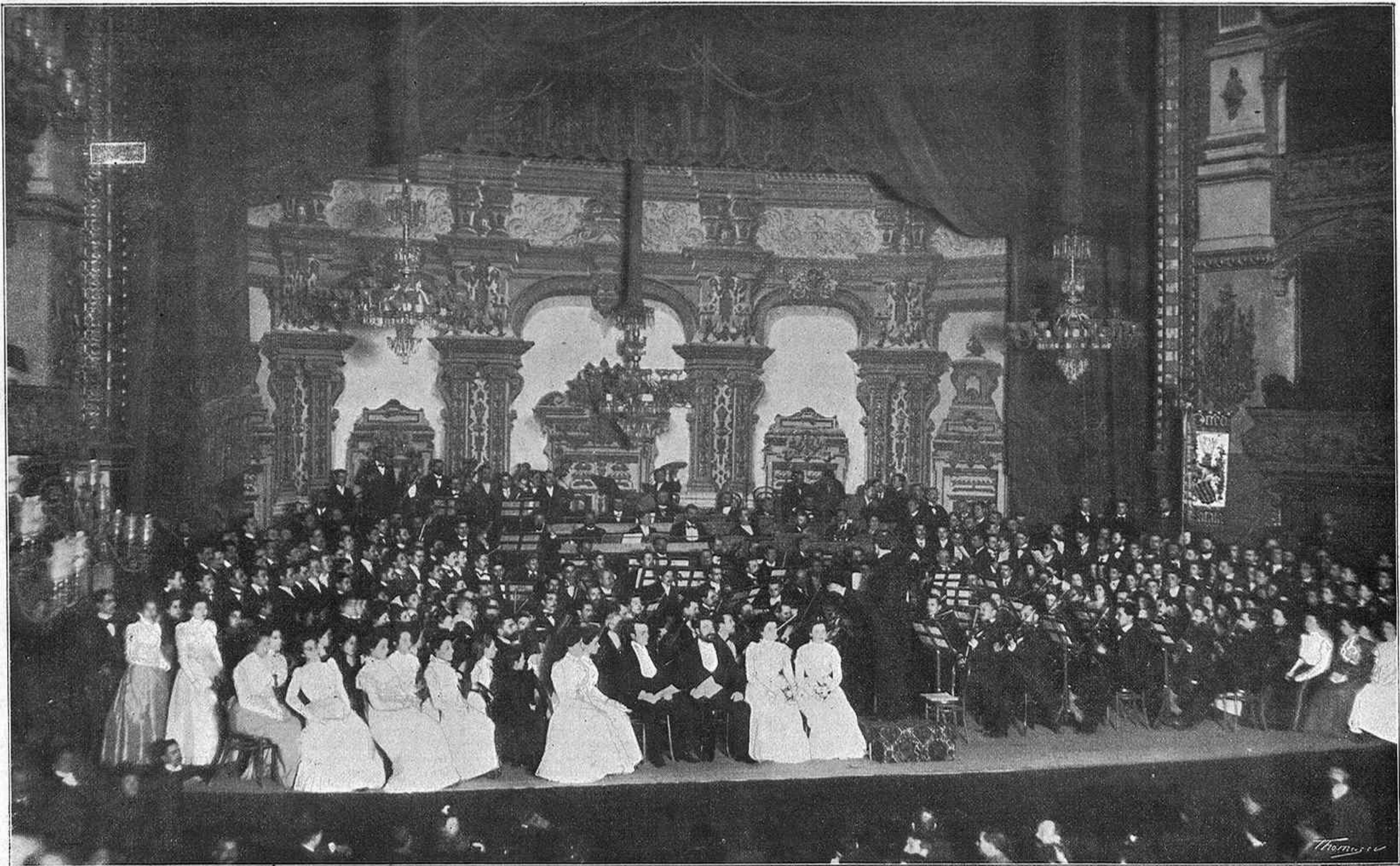
mendables; pues además de revelar estudio de la época y acertada exposición de escenas y cuadros de costumbres, demuestran sus cualidades y aptitudes artísticas. Y cuenta que el pintor á que nos referimos no desdeña el cultivo de los demás géneros, y que si de vez en cuando brotan de su paleta tipos de la época de nuestros abuelos, vistiendo el bordado casacón ó la ajustada basquiña, no le sugestionan los efectismos, según lo demuestran sus cuadros de género y los que reproducen escenas y gentes dedicadas á las rudas faenas de la vida de mar.



El maestro D. LUIS MILLET,
fundador y director del «Orfeo Catalá»
(de fotografía de Audouard)



El maestro D. ANTONIO NICOLÁU,
director de los conciertos celebrados recientemente
en el Liceo (de fotografía de Audouard)



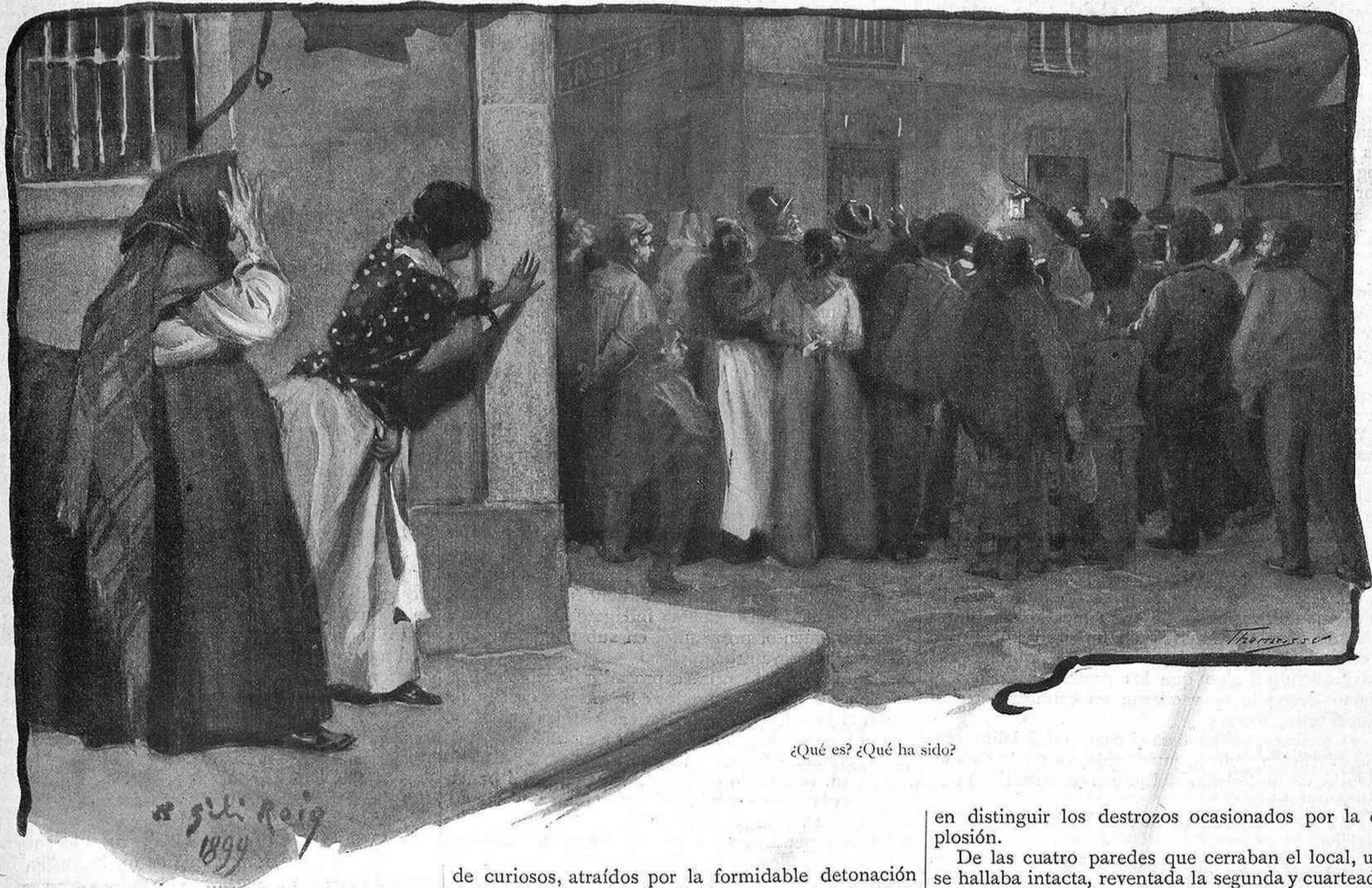
BARCELONA. — ARTISTAS, ORQUESTA Y COROS DEL «ORFEO CATALÁ» EJECUTANDO EN EL TEATRO DEL LICEO LA NOVENA SINFONÍA DE BEETHOVEN
(de fotografía de Fernando Rus, hecha de noche con luz de magnesio)

incluirlas en el repertorio del *Orfeo* y le auguraba un triunfo si aceptaba su invitación para dar algunas audiciones en Berlín y en Munich; Vincent d'Indy declaraba al orfeón superior á la *Escuela de Cantores de San Gervais* de París; y Mme. Rejane lloró de emoción al escuchar el *Credo* de la misa del Papa Marcelo y ha asegurado no hace mucho que aquella sesión de música del *Orfeo Catalá* es para ella inolvidable.

Y todos estos éxitos, toda esta serie no interrumpida de triunfos, débense, por decirlo así, única y exclusivamente á Luis Millet, alma de aquella institución, que á sus grandes conocimientos musicales y á sus excepcionales talentos de compositor une una actividad infatigable,

Teatros.—Barcelona.— Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo, la preciosa ópera de Gluck *Ifigenia en Taurida*; en Romea *La filla del mar*, drama en tres actos de Angel Guimerá, y en el Eldorado *La cara de Dios*, zarzuela en tres actos de Carlos Arniches con música del maestro Chapí.

En el Principal actúa la compañía de declamación castellana del Teatro Español de Madrid, que dirigen los reputados actores Sres. Perrín y Fuertes; en Novedades una compañía de opereta italiana, y en el Tivoli una compañía de zarzuela seria, bajo la dirección del aplaudido tenor Sr. Berges.



¿Qué es? ¿Qué ha sido?

EL PETARDO

NOVELA POR JUAN TOMÁS SALVANY
ILUSTRACIONES DE B. GILI ROIG

Á las cuatro de la madrugada del 1.º de mayo último, una formidable detonación, acompañada de voces confusas, ladridos de perros y pitadas de nocturnos vigilantes, despertó á los vecinos de la calle de los Obreros en la ciudad de Cantillana.

Casi instantáneamente abriéronse como por ensalmo multitud de balcones y ventanas, á los que se asomaron, con cauteloso movimiento, desgredadas cabezas y azorados semblantes de hombres, mujeres y niños.

Comenzaba á clarear allá, en las alturas del espacio, y los primeros que, excitados por la curiosidad ó transidos de miedo, miraron hacia arriba pudieron distinguir, á la indecisa luz del alba, una informe nube de humo que se disolvía lentamente.

- ¿Qué es? ¿Qué ha sido?
- No sé... alguna desgracia.
- Sí, un petardo.
- ¿Dónde?
- Allí, en la imprenta.
- ¿En la redacción de *El Burgués*?
- Justamente. Mire usted, ya acuden guardias, gente... Van á echar la puerta abajo.
- Dios nos valga.
- Siempre lo dije que esos secuaces de Ravachol nos darían que sentir.
- La verdad es que desde que se habla de anarquistas, no parece sino que el diablo anda en Cantillana.
- Por eso se temía el día de hoy, no sin motivo, mire usted.
- ¡El día de hoy! ¿Á cómo estamos?... ¡Ah!, sí, el 1.º de mayo... ¡La Virgen nos ampare!
- Ya han derribado la puerta, ya entran en la imprenta... ¿Qué será?
- Voy á enterarme.
- Vamos.

Mientras estos ó parecidos diálogos se cruzaban de balcón á ventana y viceversa, la calle, á pesar de lo temprano de la hora, había comenzado á llenarse

de curiosos, atraídos por la formidable detonación de que hablamos al principio.

Precedía á estos curiosos un grupo de vigilantes nocturnos con sus chuzos y faroles, de guardias municipales y secretos polizontes, precedidos todos ellos, á su vez, del delegado de vigilancia del distrito, cuyo despacho y residencia se hallaban casualmente no lejos de la imprenta.

Nada, desde su parte exterior, se advertía en esta última que revelase una catástrofe, en vista de lo cual y previos repetidos é inútiles aldabonazos, ordenó el delegado derribar la puerta, operación que, según ocurrir suele en tales casos, fué ejecutada en un santiamén con improvisados instrumentos.

Apenas abiertos de par en par ambos batientes, cesando así de ofrecer un obstáculo á los alarmados invasores, precipitáronse todos dentro del local como río desbordado, vencido en ellos por la ávida curiosidad el instinto de conservación, atropellando los de atrás á los de adelante y poniendo á empujones y codazos poco menos que en un brete á cuantos individuos allí á la autoridad representaban.

- Calma, señores, calma; puede estallar otro petardo y perecemos aquí todos.

Estas voces por el delegado proferidas con intención de abrirse paso, formaron á su alrededor ancho vacío, gracias al cual pudieron aquél y sus autorizados acompañantes ponerse en disposición de apreciar causas y daños del suceso que allí les atrajera.

Era la imprenta y redacción del periódico *El Burgués* un edificio aislado, de forma rectangular, con luz cenital debida á dos inmensas claraboyas, abiertas en el techo, y rodeado, en su tercio superior, por una galería ó peristilo á modo de anfiteatro descansando sobre prolongados arcos, sostenidos á su vez por esbeltas y sólidas columnas de colado hierro de un color verdoso obscuro.

Ocupaban en su mayoría la planta baja del local, formando, digámoslo así, callejuelas y plazoletas, verdaderas manzanas de cajas imprenta, máquinas con sus ruedas, planchas y rodillos todavía húmedos de tinta, mesas atestadas de periódicos y libros, de sucios y manoseados papeles, revueltos aquí y allá entre todo género de útiles y herramientas pertenecientes al arte de imprimir.

En la parte superior, ó sea en la galería ó peristilo, veíanse también cajas de imprenta, mesas con algunas sillas, destinadas seguramente al trabajo intelectual, y puertas á uno y otro lado conduciendo sin duda á las diversas dependencias.

A la creciente luz del día, que avanzaba á más andar haciendo palidecer los faroles de los serenos, el delegado y cuantos le acompañaban no tardaron

en distinguir los destrozos ocasionados por la explosión.

De las cuatro paredes que cerraban el local, una se hallaba intacta, reventada la segunda y cuarteada las otras dos.

Por lo que toca al techo, un enorme é irregular boquete abierto entre ambas claraboyas, juntando los sendos huecos, habíalas casi convertido en una sola, viéndose retorcidas las alambreras y hechos añicos los cristales de las mismas.

En cuanto al material de imprenta, salvo algunos desperfectos de menor cuantía, entre los cuales se contaban una mesa volcada, con algunas galeradas, papeles y utensilios esparcidos por el suelo; permanecía también intacto en su mayor parte, si se exceptúa un curiosísimo detalle que hubo de llamar en gran manera la atención de los circunstantes: la cabecera del periódico, depositada antes de la catástrofe sobre una de las cajas, obedeciendo sin duda á la fuerza de la explosión y por un singular efecto de la misma, cubierta de tinta aún, había volado á chocar contra la reventada pared, imprimiendo en el lienzo de ella estas palabras que con sorpresa pudieron leer todos:

EL BURGUÉS

Organo de las clases productoras.

El techo abierto casi en su totalidad, dejando libre acceso á la intemperie, las paredes destrozadas, la multitud de materiales, papeles y cascotes, aquí y allá esparcidos en medrosa confusión, daban al local un aspecto ruinoso que no sin viva emoción contemplaron los presentes.

Era por fortuna *El Burgués* un diario de la noche, y gracias á esta favorable circunstancia, habiéndose retirado la víspera redactores y operarios, no hubo que lamentar desgracias personales.

Los curiosos de todas condiciones, cuya masa engrosaba por momentos, apiñados en torno del delegado y sus acompañantes, se deshacían en animados y pintorescos comentarios, de los que no salían muy bien librados los anarquistas, á los cuales desde luego atribuyóse la catástrofe.

- ¡Infames!
- ¡Bribones!
- ¿Qué sería de ellos, y de todos los pobres, sin los amos?
- ¿Querían ocho horas de trabajo? Pues ahora no tendrán ninguna.
- Y nos quedaremos sin pan, ellos, nosotras y nuestros hijos.
- ¡Tunantes! Dios no manda eso.
- ¡Qué lástima de horca!
- Si yo fuera del gobierno, os lo aseguro, no habrían de venir por otra.

- ¡A ver, ordenó de pronto el delegado, que suba una pareja á examinar la galería!

Todos callaron, suspensos de curiosidad, ante esta orden.

Dos corpulentos guardias municipales de largos bigotes, gruesas narices y pesados movimientos, seguidos de todas las miradas, comenzaron á franquear los peldaños de la escalera que, arrancando de un ángulo de la planta baja, conducía á la parte superior del peristilo.

- No hay nada aquí, todo está intacto, dijeron desde arriba.

- Menos mal, bajen ustedes, repuso el delegado.

- Pero el petardo..., ¿dónde está el petardo?, preguntaron algunos circunstantes.

Y como muchos comenzaron á buscar, revolviendo materiales y cascotes, siguió diciendo el jefe de vigilancia:

- ¡Orden, señores, orden ó mando despejar! Nadie toque nada; es preciso saber á qué atenernos. Yo encontraré lo que haiga.

Y seguido de algunos guardias y serenos, se puso á registrar el local como lebre que olfatea la caza.

- ¡Allí, allí..., aquel bulto negro!, gritó repentinamente uno de los curiosos que á respetuosa distancia le rodeaban.

Oirlo y lanzarse el delegado hacia un rincón del local fué obra de un instante.

En efecto, debajo de unas cajas arrimadas á la pared, recogió del suelo el indicado bulto, consistente en un fragmento de tubo metálico, de unos ocho ó nueve centímetros de longitud por tres ó cuatro de circunferencia, destrozado, retorcido, negro y oliendo á algo que los presentes, incluso el mismo delegado, no vacilaron en calificar de dinamita ó nitroglicerina.

- Corriente, ya tenemos el cuerpo del delito, profirió el jefe de policía, guardando, después de examinarlo, en un bolsillo del gabán de entretiem po el objeto referido.

- ¿Y los delincuentes, dónde están? Que se les castigue.

- Sí, á la Cárcel Modelo, que les pongan el capuchón.

- No, no..., ¡á la horca con ellos!, comenzaron á gritar algunos.

- Todo eso lo aclararán y decidirán los jueces, observó el delegado; lo que importa, por de pronto, es echar mano al criminal ó criminales. ¿Se halla entre los presentes algún vecino, mejor aún, algún operario de la imprenta?

- ¡Yo!, ¡yo!, ¡yo!, respondieron varias voces.

- Está bien, me basta con uno..., un operario, el mejor informado, si es posible.

- Yo, señor delegado; trabajo en la imprenta y soy el más antiguo, contestó entre la multitud un obrero de veinticinco á treinta años, de aviesa mirada y aspecto repulsivo, adelantándose á los que intentaban impedirle el paso.

- Bueno; acérquese usted, ordenó el jefe de policía.

El aludido obedeció.

- ¿Era usted cajista de la imprenta?

- Sí, señor, hace nueve años.

- ¿Su gracia de usted?

- Crisanto Gómez.

- ¿Casado ó soltero?

- Soltero, para servir al señor delegado.

- Tras esta contestación del operario, una carcajada general interrumpió el ávido silencio con que era oído el importante interrogatorio.

- ¿No había conserje, portero, alguien que de noche guardara la imprenta?

- No, señor; lo hubo hasta hará cosa de ocho días en que el amo le despidió y no ha vuelto á tomar otro.

- Es de extrañar que la dejara abandonada.

- Como, al salir nosotros, sólo quedaban en ella materiales del oficio y papeles sin valor...

- ¿Pertenece usted á alguna asociación obrera ó de anarquistas?

- No, señor, sólo me ocupaba en mi trabajo.

- ¿Pertenece á dicha asociación sus compañeros?

- Creo que sí; muchos de ellos al menos concurren al club de la calle del Empeinado.

- ¿Sospecharía usted de alguno lo que acaba de ocurrir?

Iba el interpelado á contestar cuando varias voces le cortaron la palabra.

- El amo, el amo... ¡Pobrecillo, qué afligido viene! Ya se ve, le han arruinado.

- Amigos, esto se formaliza: ¡el señor juez, mirad, el señor juez!

- ¿Dónde?

- ¡Allí, detrás del amo.

- Sí, ya le veo... ¡Qué acompañado viene!

En efecto, el juez de guardia, con su séquito de alguaciles y escribientes, acababa de entrar en el local.

Precedíale un hombre, un menestral de barba gris, estatura regular y simpática fisonomía, el cual venía tan trastornado y pálido que daba compasión mirarle: era el dueño de la imprenta.

El infeliz, antiguo cajista primero, regente de su amo después, había logrado, á fuerza de años, economías y sacrificios, adquirir el ahora destrozado local, donde contando con la base de *El Burgués*, periódico también de su propiedad, encaminado á moralizar paternalmente á las clases proletarias desvaneciendo sus sistemáticas preocupaciones acerca del capital, imprimía cuanto se le encomendaba, trabajando él mismo con sus propias manos y labrando honradamente su fortuna.

Este desgraciado paseó los tristes ojos por su arruinada propiedad, y cual si aquel estrago hubiera de pronto penetrado en su afligido corazón, dejóse caer de bruce sobre unas cajas, mesándose los cabellos y prorrumpiendo en sollozos convulsivos.

- Consuélese usted, se hará justicia, dijéronle, movidos á lástima, algunos vecinos.

- Justicia, justicia, balbuceó él; ¿qué me importa que manden á presidio á tres ó cuatro pillos, si nadie con ello ha de resarcirme del quebranto?

Al mismo tiempo el juez de guardia y sus acompañantes, después de conferenciar con el delegado del distrito, utilizando una de las mesas de la imprenta y exhibiendo sus correspondientes mamotretos, dieron comienzo á la debida indagatoria, de la cual, por el momento, no resultó, en substancia, mucho más de lo que ya sabemos.

Terminado este primer procedimiento entre la creciente curiosidad y agudos comentarios de la multitud, el juez dispuso que algunas parejas custodiaran el local, y después de sellarlo y mandarlo despejar, apercibióse á salir él mismo.

Iba ya, precedido de sus acompañantes, á poner el pie en la calle, cuando Crisanto Gómez, el operario á quien vimos antes interrogar el delegado, separándose repentinamente de uno de los numerosos grupos formados en la misma, se le aproximó diciendo:

- Si el señor juez me permitiera dos palabras...

Contemplóle un momento, indecisa y vacilante, la autoridad judicial, pudiendo ver, aunque sin reparar en ello, el aspecto repulsivo del obrero y la sonrisa de maligna satisfacción que iluminaba su semblante.

- Anda, di..., ¡despacha!, ordenó al fin el juez, aguijoneado por la curiosidad y el natural deseo de venir en descubrimiento del delito.

Aproximóse Crisanto más á él y le habló al oído unos momentos.

El semblante de la autoridad iluminóse brusca mente con una ráfaga de alegría.

- ¿Estás seguro?, dijo al obrero.

- Tanto como seguro..., señor juez... No tengo en este momento pruebas, pero sí veheméntísimas sospechas que el tribunal puede aclarar, y por mi parte...

- ¿De quién dices que se trata?

- De ese joven cajista de la imprenta, que viste gorra negra y blusa azul...

- ¿El que se halla en el grupo inmediato, rodeado de algunos curiosos á quienes dirige la palabra?

- Sí, señor juez, el mismo.

El representante de la ley hizo á dos de los alguaciles que le rodeaban una señal de inteligencia, acompañada de esta orden:

- Prended á ese joven.

- Y tú, añadió dirigiéndose á Crisanto, te vienes también con nosotros ahora mismo: necesito tomarte declaración después de lo que acabas de afirmar.

No pudo Crisanto reprimir un gesto de disgusto; mas se resignó, como él decía, á echar la capa al toro. Los alguaciles, en tanto, acababan de cumplimentar la orden y traían al aludido.

Era éste un gallardo y simpático mozo de mirada franca, airoso y físico agradable.

- ¿Me manda algo el señor juez?, preguntó sin atribuir importancia al hecho ni sospechar la acusación que sobre él pesaba.

- Sí, quedas detenido preventivamente y mando que te vengas con nosotros.

- ¡Detenido yo! ¿Por qué motivo?

- Eso allá lo veremos, y como se esclarezca la verdad, no habéis de burlaros de nosotros los secuaces de Ravachol.

- ¡Ravachol..., secuaces! Tenga entendido el señor juez que soy inocente, y que esta tarde...

Y el infeliz obrero, cuya voz se debilitaba por instantes, no pudo concluir: sintió algo como un nudo en la garganta y al fin prorrumpió en un sollozo.

- ¡Eso sí que está gracioso! ¡Puchereros ahora después de quemar petardos!, profirió con intención el juez mirando fijamente al acusado. En marcha todo

el mundo y en seguida; conviene cuanto antes depurar los hechos.

- Permítame el señor juez al menos avisar á mi María, suplicó el desgraciado operario viendo que la comitiva comenzaba á ponerse en movimiento.

- Sí, para avisos estamos. En marcha, he dicho, y pronto; no tengo tiempo que perder ni me gusta repetir las órdenes.

Estas palabras del juez, con voz severa proferidas, obligaron á emprender el camino calle arriba al delegado, á los escribientes, guardias, vigilantes y alguaciles, entre los cuales iban, en calidad de presos, Crisanto y su acusado compañero.

Había amanecido ya del todo, y apagados los faroles de los serenos, el sol comenzaba á dorar las cúpulas de los templos y los caballetes de las altas buhardillas.

El llamado Crisanto caminaba de mal talante entre guardias y alguaciles, mascullando entre dientes:

- ¡Toma, también á mí me llevan preso, á mí que soy inocente! No importa, ¡qué demonio! Como nada me acusa, tendrán que soltarme en seguida, y en cuanto al otro... El otro ya tiene tela cortada para rato, si acierta á desenredarse... Por de pronto estorbo la boda, que es lo que conviene, y siga el lío, ¡qué demonio!

La anterior escena había llamado, naturalmente, la atención primero de los curiosos más próximos al grupo formado por la autoridad y sus dependientes, después la de cuantos se hallaban en la calle, excepto el dueño de la imprenta, quien, ajeno á cuanto le rodeaba, permanecía como alelado á la puerta de su maltratada propiedad.

Viendo, pues, la muchedumbre que se llevaban presos á los dos operarios, excitada por la curiosidad y el interés, avanzó como una ola de ropa y carne humana en pos de la comitiva judicial, prorrumpiendo á manera de bramido:

- ¡Calle, han cogido á dos!

- Sí, á dos cajistas de la imprenta.

- Y se los llevan á la cárcel.

- ¡A la cárcel! Que me ahorquen si lo entiendo.

- Prender á Crisanto, que es un borracho, bien; pero á Pepe Rodríguez...

- ¡Pobrecillo! ¡Y debía casarse esta tarde!

- ¡Qué disgusto va á tener María cuando se entere!

- Pues, decid lo que queráis, bien presos están.

- ¿Cómo? ¿Qué dice ese bruto?

- Digo la verdad: ellos han dejado sin pan á nuestros hijos. Son los que pusieron el petardo.

- ¡El petardo! ¿Estás seguro?

- Preguntádselo al señor juez.

- Y al delegado y á los guardias.

- Por eso se los llevan.

- ¡Oh! Si fuese cierto...

- ¡Infames, bribones, canallas!

- ¡A la cárcel con ellos!

- ¡No, al patíbulo!

- Más breve y mejor sería arrastrarlos.

- Dice bien; ¡mueran, mueran esos incendiarios!

- ¡Que no quede de ellos ni una oreja!

Y la ola popular, pasando repentinamente de la simpática compasión á la ira desenfadada, lanzóse, revuelta y espantable, hacia la comitiva en cuyo centro iban los presos, con la descabellada intención de tomarse, sin más averiguaciones, la justicia por su mano.

Hubo necesidad de que los alguaciles, guardias y serenos, desenvainando los sables, poniendo en ristre los chuzos y apuntando los revólvers, formaran defensivo círculo en torno del juez, del delegado y ambos presos para librar á éstos de una madeja de cabezas y brazos amenazadores, desarmados por fortuna.

Una vez restablecido el orden, prosiguió su marcha la comitiva, siempre seguida de cerca por los airados y curiosos grupos, á los que engrosaba por instantes el contingente de vecinos, obreros y transeuntes, que á tal hora se dirigían ya á sus quehaceres habituales.

Las puertas, balcones y ventanas ofrecían al paso de aquélla verdaderos racimos de cabezas pertenecientes á curiosos de ambos sexos, atraídos por el suceso, y eran de ver lo contraído de las bocas, lo anhelante de las miradas, la estupefacción de los semblantes y lo inverosímil de las posturas ante aquel cuadro inusitado é imponente.

Ya como un reguero de pólvora, confusa y tergi-versada, cundiera entre todos la noticia de la voladura de la imprenta y la aprehensión de los culpables, objeto estos últimos de la general curiosidad.

Al llegar la comitiva á lo alto de la calle, próxima á doblar la esquina, del hueco de una puerta repleta de hombres y mujeres partieron como un alarido estas palabras:

- ¡É!... ¡Imposible!... ¡Es inocente!.. ¡Ah!..



Así, en familiar y regocijada reunión...

Y una agraciada joven cayó rodando al suelo, chocando su cabeza contra las piedras del umbral, mientras los presos y sus acompañantes desaparecían tras la susodicha esquina.

Varios vecinos y comadres se lanzaron á auxiliar á la infeliz.

Esta era María, la novia del acusado Pepe Rodríguez, con el cual debía unirse en matrimonio aquella misma tarde.

II

Era el llamado Pepe Rodríguez, á quien hemos visto llevarse la autoridad como presunto autor de la catástrofe ocurrida en la imprenta de *El Burgués*, un inteligente y simpático joven que contaba ya algunos años ejerciendo en dicho establecimiento el oficio de cajista.

Listo de manos, diestro en el arte de componer, rápido en la interpretación de los más enrevesados originales, ganaba cuatro pesetas diarias trabajando á destajo, jornal que, lejos de ser derrochado en la taberna y otros antros de perdición de los obreros, subvenía cumplidamente á las necesidades de nuestro joven, proporcionándole encima algunas economías, de las que pudiera á cualquier hora dar cuenta y razón la Caja de Ahorros de Cantillana.

Dotado de robusta contextura, de viva imaginación, de carácter risueño y siempre igual, soltando la sin hueso sin dar paz á las manos, sabía convertir en recreo la natural fatiga del trabajo, amenizando el propio y el de sus compañeros con agudos dicharachos é ingeniosas á la par que inofensivas cuchufletas, razón por la cual, excepto algún envidioso, todos le respetaban y querían.

Si por azar alimentaba alguno, no se conocían á Pepe Rodríguez las malas costumbres ni los vicios que pervierten con frecuencia á la gente de su clase.

Pepe, ya lo hemos dicho, no iba á la taberna, ni siquiera á los toros, ni andaba jamás á picos pardos, ni concurría á las frecuentes juergas de algunos alegres compañeros, ni á ninguna de las diversiones que, so capa de un lícito esparcimiento, son ladrones de la hacienda, quebranto de la salud y pervertimiento del espíritu.

Asistía, eso sí, sobre todo por las noches, después de la confección de *El Burgués*, al club de la calle del Empeinado, especie de casino obrero que con gozar fama de anarquista, y aun de incendiario, era el círculo más inofensivo del mundo, cuyos socios divertían el tiempo entregados al estudio, ó ejercitándose en la gimnasia, ó representando dramas y comedias en los cuales desempeñaba Pepe casi siempre el principal papel.

En las tardes de los domingos y demás días festivos, veíase á nuestro cajista salir temprano de su casa de la calle de los Obreros, muy blanco y almidonado de camisa, muy limpio y airoso de americana y gorra; entrar por la puerta vidriera en el café de la Amistad, sentarse junto á un velador de hierro con tablero de mármol, sorberse allí una humeante taza de *moka* nominal y achicoria efec-

tiva, alternando los sorbos con enérgicas chupadas á una tagarina de diez céntimos.

Terminada esta recreativa operación, pagaba Pepe el gasto, amén de la propina al camarero, y dirigíase apurando la colilla á un obrador ó taller de planchadora, sito en la misma calle, cerca de la esquina, en el punto cabalmente donde vimos atacada de un síncope á una agraciada joven cuando preso se llevaban al cajista.

Allí encontraba ya éste reunidos á varios jóvenes de ambos sexos, que junto con otras personas de edad madura y sentados todos en torno de una mesa de planchar, jugaban á la *mona*.

— Buenas tardes, Pepe, le decían al entrar.

— Salud, contestaba él con aire risueño, llevándose una mano á la gorra y clavando los ojos en el rostro de María, la consabida y agraciada joven, alma de las planchas por allí diseminadas.

— ¿Se ha sorbido ya el café y chupado el puro?

— ¡No que no!

— ¿Y estaban buenos?

— Muy ricos; sólo tenían un defecto.

— ¿Cuál?

— Saberme á poco.

— Vale más algo que nada.

— Me hago cargo.

— ¡Ea!, siéntate..., allí, cerca de María, que hoy no te vas sin que te hagamos *mono*.

Y Pepe tomaba asiento en el sitio indicado, y se reía á carcajadas ante la idea de ver á María ó verse él con la estrafalaria montera de papel, confeccionada con el último número de *El Burgués*, con que entre el alborozo general solía adornarse la cabeza del que, terminada la partida, resultaba *mono ó mona*.

Así, en familiar y regocijada reunión, pasaban la festiva tarde aquellos honradísimos vecinos, corriendo de cabeza en cabeza la estrambótica montera, siendo de oír y de ver las sonoras risotadas, los inconscientes movimientos, extraños visajes y contorsiones con que el caso celebraban, mientras á la señora Petra, la madre de María y dueña del obrador, se le caía la baba de gusto y de risa se doblaba al contemplar tal espectáculo.

III

A las últimas horas de la tarde de un domingo de julio, ó sea diez meses antes de la voladura de la imprenta de *El Burgués*, acababa de disolverse la tertulia ya descrita en el obrador de la señora Petra.

El sol se hundía en el ocaso y comenzaba la hora del crepúsculo.

El calor era sofocante, permaneciendo abierta de par en par la puerta vidriera del taller, el cual se hallaba instalado en la planta baja de la casa habitada por María y su madre; de modo que desde la calle podían los curiosos presenciar cuanto ocurriese en aquél, y viceversa, era también fácil desde dentro atisbar á los transeúntes y enterarse de las escenas ocurridas en la calle.

La señora Petra acababa de internarse en la casa, con objeto de ultimar algunas domésticas faenas, y Pepe Rodríguez, el más rezagado de los tertulianos, permanecía en pie en medio de la vasta pieza, con la gorra en una mano y en la otra un pañuelo de algodón, con el cual enjugaba á ratos el sudor que humedecía su semblante.

Fuese cortesía, fuese inclinación hacia el rezagado tertuliano, María, en lugar de entrarse con su madre, le acompañaba sentada en una silla y con el codo apoyado en la mesa de planchar.

Notábase entre los dos jóvenes cierto aire de embarazo ó malestar, cual si les violentara ó les confundiera verse á solas. Silenciosos, conmovidos ambos, ella tenía los ojos clavados en el suelo, mientras él, á algunos pasos de distancia y en la actitud descrita, contemplaba á hurtadillas á aquella joven de escultural figura, de púdica mirada y abundosa cabellera.

La situación, no obstante, comenzaba á ser violenta y no podía prolongarse. Era preciso decir algo, despedirse y salir de aquel atolladero.

(Continuará)



Una vez restablecido el orden, prosiguió su marcha la comitiva

Gili

RESURRECCIÓN

TRACTORES LINGUALES MECÁNICOS

Todo individuo cuyo corazón ha cesado de latir y cuya existencia, al parecer, se ha extinguido, si no tiene ninguna lesión en sus órganos principales, si no está agotado por la enfermedad ó por la miseria fisiológica, puede todavía ser en muchos casos vuelto á la vida. En general, la gente no se forma bien idea de la persistencia de la vida latente en los asfixiados, los ahorcados, los ahogados y los heridos por el rayo. Un hombre á quien no se puede hacer volver en sí al cabo de diez minutos de esfuerzos, es hombre muerto, por lo menos así lo cree casi todo el mundo. Y sin embargo, es este un error grave que es preciso desvanecer. Tengo la convicción de que, por efecto de este prejuicio, se deja morir desde hace tiempo á muchas personas que hubieran podido ser salvadas.

El día 7 de junio de 1898, el sargento d'Agnel, del Huveaune, estaba de servicio en el puerto de la costa llamado el «ansa del profeta» (Mediterráneo) cuando oyó gritos de socorro de un grumete de dieciséis años que, bañándose á una distancia de 30 metros de la orilla, desapareció entre las olas. Su patrón, que se encontraba allí, lanzóse en su auxilio, pero iba también á hundirse cuando el sargento, sin quitarse la levita, se arrojó al agua y cogiendo al patrón pudo levantarlo hasta entregarlo á un segundo salvador que lo condujo á la orilla.

D' Agnel sumergióse de nuevo para recoger á la primera víctima, y después de algunos minutos tuvo la suerte de encontrar y llevar á la playa al pobre grumete; pero éste estaba inerte; había permanecido debajo del agua diez minutos por lo menos. No había, al parecer, esperanza de reanimarlo, pero recordando las instrucciones contenidas en una circular del gobierno francés, de 2 de noviembre de 1894, el

con exactitud no sabemos al cabo de cuantas horas la muerte real sustituye á la aparente. El intervalo puede variar según los individuos; pero de todos modos la supervivencia existe en los individuos cuyos órganos están sanos y no han sido alterados por

tor Laborde la eficacia del método, y podríamos citar numerosos casos de individuos vueltos á la vida. ¿Cuál es la duración de la supervivencia del reflejo respiratorio? El caso que hemos citado prueba que puede ser de tres horas: el Dr. Laborde, operando

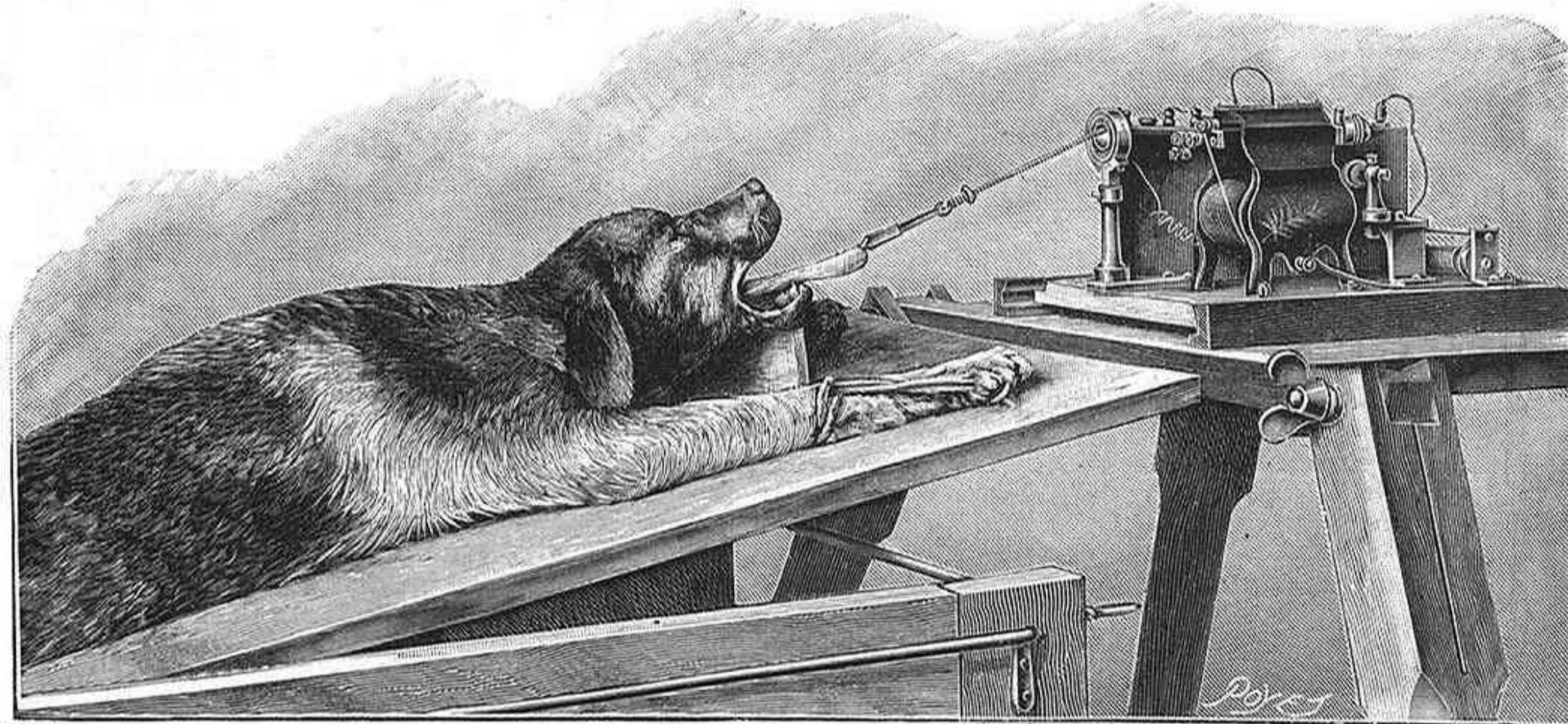


Fig. 1. - El tractor lingual de motor eléctrico aplicado á un perro

una enfermedad. La muerte exterior objetiva del organismo revelada por la suspensión de las manifestaciones funcionales y especialmente por la supresión de la función cardio-respiratoria, no es la muerte definitiva. Hace poco decía el Dr. J. L. Laborde en la Academia de Medicina que cuando el organismo ha cesado de vivir *por fuera* sigue viviendo todavía *por dentro*; es decir, que la vida continúa de un modo latente por la persistencia de las propiedades funcionales de los elementos y de los tejidos orgánicos. Las propiedades sensitivas son las primeras que

sobre perros, había encontrado una duración de dos horas y tres cuartos (2). Para ello había cogido un perro vigoroso, de 16 kilogramos de peso, y lo había sometido á la acción del clorofórmico hasta que dejó de respirar en absoluto. El animal no tardó en llegar al estado de muerte aparente; pero al cabo de quince minutos de tracción volvió en sí. Repitióse el experimento hasta obtener la asfixia confirmada, es decir, hasta la abolición del reflejo óculo-palpebral, etcétera. Hasta cinco minutos después de la asfixia no se recurrió á las tracciones; pero aquella vez el perro parecía definitivamente muerto. Una hora de tracciones linguales, y nada; dos horas, nada tampoco. El Dr. Laborde temía un fracaso; pero el mozo del laboratorio, que profesaba cierto cariño á aquel animal, continuó, á pesar de todo, las tracciones con imperturbable confianza en el método. De pronto vió que se enrojecía la lengua, signo de reacción precursor habitual y cierto de la reanudación de los primeros movimientos respiratorios; y en efecto, á las dos horas y media de tracciones rítmicas se produjo en el perro un hipo al que siguieron pronto sucesivas inspiraciones, y el animal volvió á la vida.

Puede, pues, afirmarse que el reflejo respiratorio persiste, dispuesto á funcionar de nuevo por lo menos tres horas después de la muerte aparente, y este es un hecho capital que es preciso no olvidar.

Alguno se habrá sorprendido oyéndonos hablar de tracciones linguales practicadas durante horas enteras: el sargento d' Agnel tuvo la perseverancia necesaria para ejecutarlas, pero es evidente que no todo el mundo sería capaz de ello. El Dr. Laborde deseaba encontrar un medio que le permitiera substituir la mano envuelta en un paño por un aparato automático, y M. Augusto Mouchel, secretario de la Alcaldía de Valognes (Manche), que había asistido á varios experimentos de *resurrección* practicados por M. Laborde, construyó en pocas horas, con sus propias manos, en su pequeño taller de aficionado, un «tractor» con movimiento de relojería que daba 120 tracciones por minuto con la debida intermitencia rítmica. Este aparato, el primero en su género, permitió al Dr. Laborde emprender experimentos de laboratorio, y el tractor de M. Mouchel sirvió especialmente para devolver la vida al perro antes citado.

Desgraciadamente el muelle de reloj no permitía al aparato funcionar más de cinco minutos; era preciso darle cuerda, á menudo veinticinco veces en una sesión; pero hoy este inconveniente ha desaparecido porque se ha asociado al aparato un motor eléctrico alimentado por algunos acumuladores, gracias al cual puede aquél funcionar tres horas seguidas sin necesidad de tocar el tractor.

Los dos grabados de esta página reproducen los detalles de estas dos clases de tractores.

El importante método descubierto por el doctor Laborde para reanimar á los individuos en estado de muerte aparente, constituye, al mismo tiempo, un método de comprobación absoluta de la muerte real. La muerte es cierta si después de más de cinco ó seis horas está abolido el reflejo respiratorio (3).

(2) *Memorias de la Academia de Medicina de París*, 23, 30 de enero, 6 de febrero de 1900.

(3) Al Dr. Laborde se debe también el procedimiento llamado de la aguja para determinar la muerte real, procedimiento que ideó hace treinta años. Una aguja de acero introducida en los tejidos se oxida claramente en una hora en el individuo en estado de muerte aparente y no se oxida en un individuo realmente muerto.

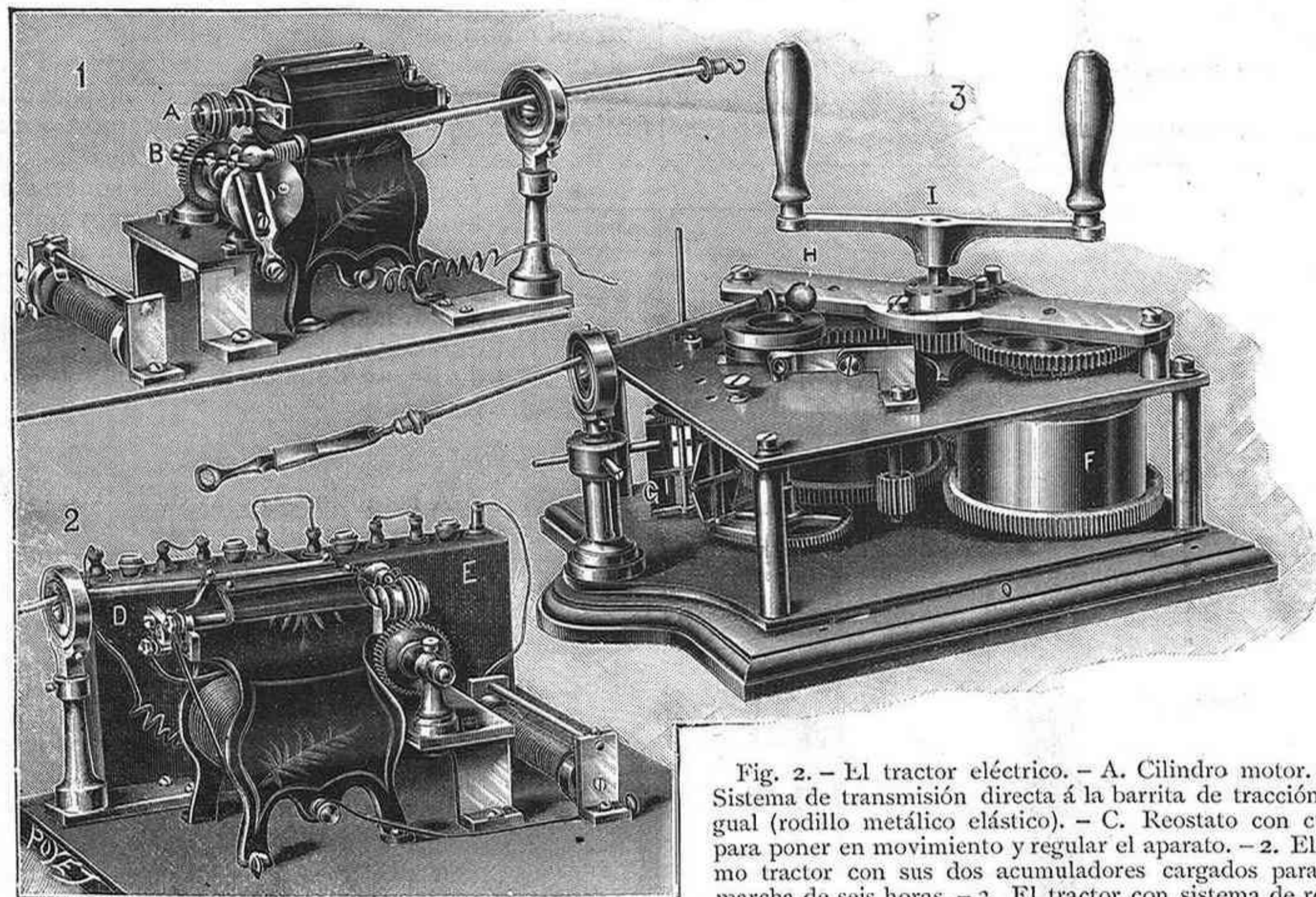


Fig. 2. - El tractor eléctrico. - A. Cilindro motor. - B. Sistema de transmisión directa á la barra de tracción lingual (rodillo metálico elástico). - C. Reostato con cursor para poner en movimiento y regular el aparato. - 2. El mismo tractor con sus dos acumuladores cargados para una marcha de seis horas. - 3. El tractor con sistema de relojería. - F. Cilindro motor central que gobierna las ruedas y

piñones secundarios. - G. Doble volante de aletas móviles para regular la velocidad. - H. Sistema con movimiento rotativo con cuña reguladora de transmisión á la barra de tracción armada con su pinza. - I. Llave para dar cuerda al aparato.

sargento aplicó al ahogado el procedimiento de «las tracciones rítmicas de la lengua» recomendado por el Dr. Laborde, de la Academia de Medicina. El pobre grumete no daba, á pesar de ello, signos de vida; pero su salvador, lejos de desalentarse por la posibilidad de un fracaso, persistió en su maniobra y prolongó la operación por espacio de tres horas.

Esta laudable perseverancia vióse coronada por el mejor éxito; poco á poco el grumete volvió á respirar y pudo incorporarse: estaba fuera de peligro.

Tal es, sucintamente resumido, el relato que M. Vautier, director de la región aduanera de Marsella, envió al director general de Aduanas. Un modesto agente de la administración pudo hacer volver á la vida á un ahogado, que había permanecido diez minutos debajo del agua, después de tres horas de tracciones rítmicas de la lengua.

¡Después de tres horas! Ningún fisiólogo, ningún médico habría osado, antes de 1898, pretender que la vida latente pudiera persistir durante horas. Porque tres horas no son sin duda el límite extremo, y de fijo que el mismo buen éxito podría obtenerse aun después de transcurrido mayor tiempo, ya que

desaparecen, luego cesan las funciones motrices nerviosas y después la contractilidad muscular. La muerte completa requiere algún tiempo.

En suma, el mecanismo general puede pararse á consecuencia de la cesación de una función esencial, como la de la respiración; pero si los órganos no están alterados pueden ser excitados de nuevo y recobrar su marcha normal. Mientras hay supervivencia latente no debe desesperarse de salvar á un ahogado, á un asfixiado, etc. La función que es indispensable despertar, la función primordial de la vida, es la función respiratoria; es preciso excitar el reflejo respiratorio, el cual, como demuestra M. Laborde, posee afortunadamente una persistencia de vida extraordinaria. A él, pues, hay que dirigirse para resucitar literalmente á las personas á quienes podría considerarse como absolutamente muertas (1).

Desde hace mucho tiempo ha evidenciado el doc-

(1) Las tracciones excitan tres nervios sensitivos, el lingual, el glossofaríngeo y el laríngeo superior. Las excitaciones se transmiten al bulbo, desde donde son reflejadas sobre los músculos respiratorios de la cara, sobre los respiratorios del tórax y sobre el diafragma por el nervio frénico.

Pero sea de todo ello lo que fuere, los hechos que someramente dejamos expuestos no deben permanecer ignorados.

Hasta ahora, perdióse toda esperanza de salvar á los ahogados, asfixiados, etc., cuando al cabo de media hora se habían agotado todos los medios ordinarios para despertar el organismo, tales como movimiento de brazos, insuflación de aire, etc. Tampoco

podían ser combatidos eficazmente los síncope clorofórmicos ni la asfixia de los recién nacidos; en lo sucesivo se podrá combatir estos estados.

Cuando alguna persona sea arrebatada por las olas, cuando se asfixie un bombero por efecto de los gases mefíticos y en otros casos análogos será preciso recurrir á las tracciones rítmicas, pero no durante media hora, sino por espacio de algunas horas se-

guidas, y las más de las veces resucitarán las infelices víctimas.

En definitiva, se ha conseguido un gran triunfo cuya gloria corresponde á los perseverantes y laboriosos trabajos del Dr. Laborde. Salvar una existencia es la acción más hermosa que puede realizar el hombre.

ENRIQUE DE PARVILLE.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Puradas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas *Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma*, etc.
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la *Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad*, etc.
Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo **VINO DEFRESNE**
 con **PEPTONA**
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

GARGANTA VOZ y BOCA
 PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
 EL APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FARMACIA BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1858
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT VINO • de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. • de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
 SOBERANO contra **ASMA**
 CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
 30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO y PLATA.
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ACRITUD DE LA SANGRE
BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpes, Acne. EL MISMO al Yoduro de Potasio.
 TRATAMIENTO Complementario del ASMA Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu, Paris. Todas Farmacias del Extranjero.

LA **HARINA MALTEADA VIAL**
 AUTODIGESTIVA
 es la única que se digiere por sí sola.
 Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, así como durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.
 PARIS, 8, Rue Vivienne, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.



El primer hijo, cuadro de Ramiro Lorenzale (Exposición del Círculo Artístico)

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABÉ DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS
 In MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

EL APIOL de los **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR**
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.**
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES** del PECHO y de los **INTESTINOS**.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVON**. **DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria